

El supremo interrogante:

¿Existe Dios?



Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados.

DIRECCIONES

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 246001
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido por la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del "Alto y Sublime, el que habita la eternidad" (Isaías 57:15).

Ilustración de la cubierta: Fotomontaje por Shaun Venish
Fotografías: Corbis Digital Stock



Preguntas decisivas

Era un descubrimiento asombroso. Durante 10 días los astrónomos habían estado enfocando el telescopio espacial Hubble en una pequeña mancha en el cielo que no parecía ser más grande que un grano de arena al alcance de la mano.

Concentrándose en un punto cerca de la Osa Mayor donde la vista no sería obstruida por planetas o estrellas cercanos, los astrónomos se valieron de los instrumentos de este gigantesco telescopio orbital para obtener 342 fotografías, con una duración entre 15 y 40 minutos cada una. Con toda paciencia registraron diminutos puntos de luz cuatro mil millones de veces más tenues que los que pueden verse a simple vista.

Esperaban encontrar respuestas fundamentales acerca del universo. ¿Cuán grande es? ¿Hasta qué distancia podemos ver en nuestra búsqueda de galaxias que se encuentran a miles de millones de años luz de la nuestra? ¿Podrían encontrar indicios acerca del origen del universo y de nuestra propia galaxia, la Vía Láctea?

Los astrónomos quedaron estupefactos cuando combinaron los cientos de fotografías y vieron el fruto de sus esfuerzos. Ante ellos aparecía una asombrosa imagen. La pequeña partícula de cielo que tan meticulosamente habían escudriñado con el telescopio más poderoso que haya construido el hombre, encerraba un calidoscopio de cientos de galaxias de varias formas, tamaños y colores. Mirando el cielo como a través de un tubo delgadísimo, ¡pudieron contar 1.500 galaxias por lo menos!

Al explorar las profundidades del tiempo y el espacio, llegaron a la conclusión de que las galaxias más tenues que pudieron fotografiar se encuentran a una distancia de más de 10 mil millones de años luz. Algunas de las más brillantes se encuentran mucho más cerca, a sólo unos 2.500 millones de años luz.

Aún más asombroso es el hecho de que los astrónomos hayan concluido que en el universo existen muchas más galaxias de las que podemos imaginarnos: cuando menos 100 mil millones y quizá hasta muchas más.

¿Hasta qué número pueden llegar? Para tener una idea un poco más clara, si pudiéramos contar a razón de una galaxia por segundo, día tras día, tardaríamos casi 32 años para llegar a la cifra de mil millones. Tomaría más de tres milenios llegar a la cifra de 100 mil millones de galaxias. Y eso es tan sólo el número de galaxias que se ha calculado que hay en el universo. Se cree que una galaxia como la Vía Láctea, de tamaño mediano, contiene 200 mil millones de estrellas e incontables planetas.

Tales cifras estratosféricas exceden fácilmente a nuestra limitada capacidad de comprensión.

Preguntas acerca de nuestro origen

¿Quién de nosotros, al contemplar el cielo en una noche estrellada, no se ha preguntado alguna vez por qué estamos aquí? ¿Qué lugar ocupamos en el espacio sideral? ¿Qué propósito tiene la vida?

En una época en que el conocimiento del universo ha aumentado en forma asombrosa, los filósofos, científicos y otros pensadores se hacen estas mismas preguntas. Las conclusiones que han sacado después de mucha reflexión, y con base en el entendimiento científico tradicional, no han sido muy acertadas.

Stephen Hawking, científico y profesor inglés, en su libro titulado *A Brief History of Time* ["Breve historia del tiempo"], analiza algunas de estas importantes preguntas. Él dice: "Nos encontramos en un mundo desconcertante. Queremos encontrarle sentido a lo que nos rodea, y preguntar: ¿Cuál es la naturaleza del universo? ¿Cuál es nuestro lugar en él y de dónde vino éste y de dónde vinimos nosotros?" (1988, p. 171).

Desde los albores de la historia la gente se ha hecho preguntas acerca de su existencia. Pero éstas nunca fueron tan bien expresadas como las han expresado algunos de los científicos, historiadores y filósofos más eminentes de nuestro tiempo.

El profesor Hawking no cree tener todas las respuestas. Sin embargo, por medio de su sobresaliente conocimiento y habilidad —particularmente en los campos de la as-

trófica, la cosmología y las matemáticas— hace las preguntas correctas.

Él no es el único científico que ha examinado estas preguntas básicas. Otro brillante científico y escritor, el finado Carl Sagan, en el prólogo del libro del profesor Hawking, escribió: "Vamos por la vida sin entender casi nada del mundo. Poco pensamos en la maquinaria que genera la luz del sol que hace posible la vida, en la gravedad que nos mantiene sobre un planeta que, de no ser así, nos lanzaría hacia el espacio, o en los átomos de los cuales estamos hechos y de cuya estabilidad dependemos totalmente" (*ibídem*, p. ix).

El profesor Sagan dedicó su vida a la tarea de llevar el pensamiento científico al público no científico. Veamos otro de sus comentarios: "A excepción de los niños (quienes no saben lo suficiente para no hacer las preguntas importantes), pocos de nosotros dedicamos mucho tiempo a preguntarnos por qué la naturaleza es como es, de dónde vino el cosmos, o si siempre ha estado aquí . . ." (*ibídem*).

Quizá la mayoría de nosotros no nos sentimos capacitados para sopesar los misterios del universo, y creemos que hacerlo es una pérdida de tiempo. Pero no es así. Esta curiosidad intelectual es innata en el ser humano. Uno debe hacer las preguntas y debe recibir las respuestas. En las últimas páginas de su libro, el profesor Hawking se refiere a esto: ". . . Si descubrimos una teoría completa [que lo explique todo], deberían entenderla no sólo unos pocos científicos sino el mundo entero. Entonces todos nosotros, filósofos, científicos y gente común y corriente, seríamos capaces de participar en la discusión acerca de por qué existimos nosotros y el universo". Y concluye diciendo: "Si encontráramos la respuesta a eso, sería el triunfo más importante del razonamiento humano, porque entonces conoceríamos la mente de Dios" (*ibídem*, p. 175).

Paul Johnson, historiador inglés, también plantea algunas de las preguntas más importantes para el hombre: "¿Para qué estamos aquí en la tierra? ¿Es la historia sólo



una serie de acontecimientos que se resumen en nada? . . . ¿O existe un plan determinado del cual, por humilde que sea nuestra parte, nosotros somos los instrumentos?" (*A History of the Jews* ["Historia de los judíos"], 1997, p. 2).

Un asunto trascendental

¿Es esta vida todo lo que hay, o existe algo más? Si hay algo más, ¿cómo le afectaría a usted en su vida el tener conciencia de ese algo? Cuando estudiamos la historia de la humanidad, ¿no estamos pasando por alto algo importante?

Estas preguntas realmente son importantes. ¿Alguna vez las ha considerado usted seriamente? ¿Por qué estamos aquí? ¿Existe algún propósito para nuestras vidas, y está ligado inextricablemente ese propósito a la existencia de Dios? Necesitamos hacernos estas preguntas y buscar las respuestas, porque las respuestas implican cosas muy serias que deben afectar profundamente nuestra forma de vivir.

Pero ¿dónde empezar? ¿Cómo podemos contestar esas preguntas que son las más elementales de todas? ¿Existe Dios? ¿Acaso él es real? ¿Cómo es él? ¿Tiene algún plan para nosotros? Podemos encontrar las respuestas a todas estas preguntas; las pruebas de la existencia de Dios están disponibles.

En esta publicación examinaremos algunas de esas pruebas, planteando y contestando preguntas que son indispensables en la búsqueda de nuestro significado y propósito.

El telescopio espacial Hubble (arriba) nos ha traído asombrosas imágenes del espacio sideral. La foto de la izquierda muestra galaxias que se encuentran a 10 mil millones de años luz de nosotros. Algunos astrónomos creen que nuevas estrellas tal vez se formen entre los nebulosos "pilares de la creación" (abajo).





Las pruebas saltan a la vista

En los últimos siglos, filósofos y científicos han tratado de contestar las grandes preguntas acerca de la existencia del hombre y su lugar en el universo. ¿Cuál ha sido su perspectiva?

Ellos han partido de la premisa de que Dios no existe. Al no aceptar nada que no puedan ver, oír, sentir, medir o conocer mediante los métodos científicos, han creído que las respuestas pueden encontrarse por medio del razonamiento humano. Haciendo uso de la capacidad del hombre para razonar, con sus prejuicios en contra de Dios (ver “La hostilidad natural del hombre hacia Dios”, p. 25), han llegado a la conclusión de que el universo provino de la nada, la vida evolucionó de la materia inerte y el razonamiento mismo es nuestra mejor guía para orientarnos correctamente.

El historiador Paul Johnson dice: “La existencia o inexistencia de Dios es la pregunta más importante que los seres humanos tenemos que enfrentar. Si Dios existe, y si al terminar esta vida somos llamados a otra, de esto se deriva una trascendental serie de consecuencias, la cual debería afectar cada día, casi cada momento de nuestra existencia terrenal. Así, nuestra vida viene a ser tan sólo la preparación para la eternidad y debemos conducirnos siempre teniendo en mente nuestro futuro” (*A Quest for God* [“En busca de Dios”], 1996, p. 1).

Pero ¿podemos entender realmente las respuestas a las preguntas más importantes de la vida si no estamos dispuestos cuando menos a analizar el tema de la existencia de Dios, quien, como se nos afirma en la Biblia, nos creó a su imagen y semejanza y nos dio la vida? (Génesis 1:26-27). No obstante, el razonamiento humano automáticamente descarta la idea de Dios como nuestro Creador, quien tiene un propósito tanto para el hombre como para el universo. Ese desprecio hacia Dios ha tenido consecuencias imprevistas y trágicas.

¿Podemos encontrar pruebas sólidas de la existencia de Dios? De ser así, ¿en qué

consisten y dónde debemos buscarlas? ¿Cómo reaccionamos ante tales pruebas y cómo afectan nuestra manera de vivir?

Cómo valorar las pruebas

¿Cómo podemos cotejar las pruebas de la existencia de Dios con los argumentos en contra? La manera en que se examinen y valoren las pruebas es lo que determinará la validez de la conclusión a la que lle-



¿Cómo llegamos a vivir en un universo de precisión y orden? Si todo es el resultado de fuerzas ciegas y circunstancias fortuitas, ¿por qué el cosmos no funciona de manera errática y confusa?

guemos en este asunto tan importante. Debemos analizar los argumentos a favor y en contra de la existencia de Dios sin recurrir a premisas parciales o a conclusiones ilógicas.

La parcialidad puede funcionar en dos formas. Mucha gente que cree en la existencia de Dios se siente obligada a defender su punto de vista de manera irracional, perjudicando así la validez de sus argumentos. Igualmente, los que no creen que Dios existe se rehúsan a examinar seriamente las pruebas de su existencia. En ambos casos, el verdadero enemigo es la parcialidad ilógica.

Richard Dawkins, profesor de zoología en la Universidad de Oxford y agresivo defensor de la teoría de la evolución, resume el punto de vista ateo acerca del origen y la existencia del género humano con esta aseveración: “La selección natural, el proceso ciego, inconsciente, automático que Dar-

win descubrió y que ahora sabemos es la explicación de la existencia . . . de toda vida, no tiene ningún propósito en mente. No tiene mente y no tiene imaginación. No hace planes para el futuro. No tiene visión, no prevé; es absolutamente ciega. Si se puede decir que desempeña el papel de relojero en la naturaleza, es el del relojero ciego” (*The Blind Watchmaker: Why the Evidence of Evolution Reveals a Universe Without Design* [“El relojero ciego: Por qué los indicios de la evolución revelan un universo que no ha sido diseñado”], 1986, p. 5, énfasis en el original).

No obstante, para evitar la incomodidad de las pruebas de la existencia de Dios, él dice: “La biología es el estudio de cosas complicadas que parecen haber sido diseñadas con un propósito” (Dawkins, *op. cit.*, p. 1).

Al mismo tiempo que reconoce que los organismos vivos parecen haber sido diseñados, el profesor Dawkins no toma en cuenta lo que es evidente: que si parecen haber sido diseñados, quizá es porque sí lo fueron.

¿Se niega o se reconoce lo obvio?

El reconocimiento indirecto del profesor Dawkins acerca de que los organismos vivos “nos dejan tremendamente impresionados porque tienen la apariencia de haber sido diseñados, como por un maestro relojero”, como él mismo lo dice (*ibídem*, p. 21), no es rechazado tan a la ligera por muchos otros científicos. Ellos consideran que la manifestación indudable de un diseño complejo en el universo es una poderosa prueba de que existe un Diseñador inteligente.

Existe una tendencia cada vez más notable entre biólogos, físicos, astrónomos, botánicos, químicos y otros investigadores: la de estudiar y discutir la complejidad y el orden que encuentran en cada aspecto del universo. Tanto escritores como científicos utilizan el término *principio antrópico* para describir el hecho de que, según todas las

observaciones y apariencias, el universo y nuestro planeta están perfectamente dispuestos para albergar la vida, especialmente la vida humana.

Paul Davies, profesor de física matemática en la Universidad de Adelaida, Australia, resume así el creciente número de descubrimientos de los científicos en muchos campos: “Se ha compilado una larga lista de ‘accidentes afortunados’ y ‘coincidencias’ . . . Todo esto proporciona una prueba impresionante de que la vida tal como la conocemos depende muy ostensiblemente de las leyes de la física, y de lo que parecen ser accidentes fortuitos en los valores mismos que la naturaleza ha escogido para la masa de varias partículas, fuerzas de resistencia, etc. . . . Baste con decir que si pudiéramos jugar a desempeñar el papel de Dios, y seleccionar valores para estas cantidades haciendo girar caprichosamente algunos botones, nos daríamos cuenta de que casi todas las posibilidades de combinación de los botones harían que el universo fuera totalmente inhabitable. En algunos casos, tal pareciera que los diferentes botones tuvieran que ser ajustados con una precisión asombro-

Las pruebas que se han ido acumulando han hecho que más y más científicos pongan en tela de juicio los conceptos que durante mucho tiempo habían predominado en tales círculos. Aunque muy pocos están dispuestos a aceptar las claras pruebas de la existencia de Dios, muchos sí reconocen que dondequiera que miran, ven las pruebas de un mundo que da la apariencia de un complicado diseño hasta en los más pequeños detalles (ver “Un planeta perfecto para la vida”, p. 6).

La Biblia reconoce lo evidente cuando nos presenta una explicación de la vida muy diferente de la que promueve el profesor Dawkins. Nos presenta al universo como la obra de un Creador.

En cierta ocasión, Isaac Newton preguntó: “¿De dónde procede todo el orden y la belleza que vemos en el mundo?” Esta pregunta es natural, y la hizo un científico creyente que reconoció el hecho de que no hay efecto sin causa. Las acciones tienen consecuencias, de manera que un universo con un diseño tan intrincado exige la existencia de un maestro Ingeniero.

Albert Einstein también se maravilló ante el orden y la armonía que él y sus colegas observaron en el universo. Hizo notar que el sentimiento religioso del científico “toma la forma de un asombroso embelesamiento ante la armonía de la ley natural, la cual revela una inteligencia de tal superioridad que, comparada con ella, todo el pensar y actuar sistemático de los seres humanos es un reflejo completamente insignificante” (*The Quotable Einstein* [“Citas de Einstein”], 1996, p. 151).

Martin Rees, profesor de astronomía en la Universidad de Cambridge, Inglaterra, y el escritor de temas científicos John Gribbin, hablando acerca de la precisión que los científicos han encontrado en el universo, hacen notar que “las condiciones en nuestro universo realmente parecen ser especialmente convenientes para formas de vida como la nuestra, y quizá hasta para cualquier forma con cierto grado de complejidad orgánica . . . ¿Está, *en efecto*, el universo hecho a la medida del hombre?” (*Cosmic Coincidences: Dark Matter, Man-kind, and Anthropic Cosmology* [“Coinci-

dencias cósmicas: Materia oscura, el hombre y la cosmología antrópica”], 1989, p. 269, énfasis en el original).

El profesor Davies lo expresa así: “A consecuencia de mi trabajo científico he llegado a creer cada vez más firmemente que el universo físico ha sido construido con un ingenio tan asombroso que no puedo aceptarlo simplemente como una fría realidad. A mí me parece que tiene que haber una explicación más profunda. Si uno desea llamar ‘Dios’ a esa explicación más profunda, eso es asunto de gusto y definición . . . Yo creo que nosotros los humanos formamos parte fundamental del proyecto” (Davies, *op. cit.*, p. 16).

No debe sorprendernos, pues, lo que ha escrito el astrofísico inglés Sir Fred Hoyle: “Un análisis con sentido común de los hechos sugiere que una inteligencia superior ha estado jugando con la física, así como con la química y la biología, y que no podemos hablar de fuerzas ciegas en la naturaleza. Las cifras que uno calcula con base en los hechos me parecen tan avasalladoras que esta conclusión es casi indiscutible” (Fred Heeren, *Show Me God: What the Message From Space Is Telling Us About God* [“Muéstrame a Dios: Lo que el mensaje del espacio nos dice acerca de Dios”], 1997, frontispicio).

Persiste la incredulidad

Aun con todo eso, persiste la obstinada creencia de que no necesitamos a Dios. Stephen Jay Gould, fallecido paleontólogo de la Universidad de Harvard, resumió así su punto de vista como ateo: “Ningún espíritu vigila amorosamente los asuntos [del hombre]. Ninguna fuerza vital impulsa el cambio evolutivo. Y sea lo que sea que pensemos de Dios, su existencia no se manifiesta en los productos de la naturaleza” (*Darwin's Legacy* [“El legado de Darwin”], 1983, pp. 6-7).

A los partidarios de la evolución les agrada señalar que si aceptamos el concepto de un Creador divino, esto requiere que tengamos fe en alguien o en algo que no podemos ver. Sin embargo, ellos están muy lejos de reconocer que todos los que creen que la vida evolucionó a partir de la materia inerte, tienen fe en una teoría que no puede comprobarse; y de hecho las supuestas pruebas en que está fundada son mucho más tenues y débiles que las que apoyan la creencia en un Creador.

La fe de los evolucionistas supone que nuestro universo, con toda su insondable



Ya sea que miremos los cielos a través de un telescopio, las células a través de un microscopio, o el mundo natural que nos rodea, en todas partes no observamos sino belleza y diseño perfecto.

sa para que la vida pudiera abundar en el universo” (*The Mind of God: The Scientific Basis for a Rational World* [“La mente de Dios: La base científica para un mundo racional”], 1992, pp. 199-200).

Diseño, planificación y propósito

El complejo universo en que vivimos, ¿es realmente la obra de un relojero ciego, como algunos suponen? ¿Acaso la vida aquí en la Tierra es producto de la casualidad, sin ningún propósito ni planificación, sin control ni consecuencias?

complejidad, se creó a sí mismo o que en alguna forma surgió de la nada. Creen firmemente en una cadena de circunstancias que están en total desacuerdo no sólo con la lógica, sino también con las leyes elementales de la física y la biología.

La evolución se ha convertido en una verdadera religión. La fe de sus adeptos está arraigada en una creencia (sin fundamento) de que el increíble universo, incluso el mundo en que vivimos con su compleja variedad de formas de vida, es el resultado de una ciega casualidad. No pueden dar una explicación coherente acerca de cómo se originó la materia que hizo posible el universo y la supuesta evolución de la vida.

Haciendo a un lado la cuestión de cómo se originaron la materia y el universo, los defensores de la evolución parten de la premisa de un universo ya existente que funciona de acuerdo con leyes armónicas y previsibles. Ellos reconocen que esas leyes existen y que funcionan perfectamente; sin embargo, no tienen ni la más remota idea de cómo se originaron. Están decididos a hacer caso omiso de las pruebas irrefutables que demuestran que detrás de todas estas leyes de orden y armonía tiene que haber una inteligencia superior.

Nuestro universo funciona como un gigantesco reloj. La exploración espacial que se ha llevado a cabo en los últimos 40 años ha demostrado la precisión del universo. Debido a esta precisión, los científicos pueden predecir y calcular un momento exacto, hasta fracciones de segundo, para enviar astronautas al espacio o para lanzar naves con el fin de explorar planetas tan lejanos que tardan años en llegar a ellos.

Las leyes de la naturaleza

El universo está gobernado por asombrosas leyes físicas. Albert Einstein expresó su convicción de esta manera: “Mi religión consiste en una humilde admiración del ilimitado espíritu superior quien se revela en los pequeños detalles que con nuestras frágiles y débiles mentes podemos percibir. Esa convicción, profundamente emocional, de la presencia de una fuerza superior de razonamiento, la cual se revela en el incomprendible universo, le da forma a mi concepto de Dios” (*The Quotable Einstein* [“Citas de Einstein”], 1996, p. 161).

Los cuerpos celestiales se mueven en forma completamente previsible, de manera que los astrónomos pueden predecir con asombrosa precisión cuándo habrá de aparecer un cometa en nuestro cielo. Los cien-

tíficos pueden enviar naves espaciales que aterrizan en planetas a millones de kilómetros de distancia.

Podemos calcular con gran exactitud la posición de estrellas y planetas en cualquier día, mes o año, ya sea en el futuro o en el pasado. Los calendarios son muy útiles debido a las leyes inmutables del universo. Podemos confiar en el movimiento y la posición de los cuerpos celestiales gracias a las leyes que los regulan. En cierto sentido, la historia de la ciencia es un relato de nuestro descubrimiento de más y más leyes que gobiernan el cosmos.

Por ejemplo, experimentamos los efectos de la ley de la gravedad. Por tanto, sabemos que la gravedad existe aunque no podemos verla. Sabemos que funciona continuamente; es una de las leyes fundamentales del universo. Otras leyes parecidas gobiernan cada aspecto del cosmos: leyes de energía, movimiento, masa, materia y de la vida misma.

¿Qué podemos decir de la evolución? La teoría de la evolución sostiene que la vida surgió de materia inerte y a lo largo de incontables eones cambió para formar la asombrosa variedad de seres vivientes que existe actualmente. El concepto mismo es contrario a una de las leyes naturales más elementales: la de la biogénesis. La biogénesis es sumamente evidente en toda la naturaleza: La vida sólo puede proceder de vida ya existente, así como la vida de uno fue engendrada y concebida por padres vivos. Desde luego, los evolucionistas alegan en contra de este principio, a pesar de que no pueden presentar ninguna prueba concreta.

La prueba de un gran Diseñador

Vayamos al meollo del asunto: ¿Por qué existen tantas leyes previsibles, confiables y armoniosamente interrelacionadas que gobiernan nuestra existencia? ¿Cómo se originaron? ¿Acaso la vida surgió por pura casualidad, o hay algo más grande detrás de todo esto? Tiene que haber una explicación para todo lo que existe. El número, la precisión y la perfección de las leyes naturales no pueden ser explicados solamente como el resultado de un accidente. Tal forma de pensar es irracional.

El sentido común nos dice que la existencia de un universo de inconcebible magnificencia, gobernado y sostenido por incontables leyes de física, exige la exis-

tencia de un Creador de esas leyes, un Diseñador de las estructuras y el funcionamiento que podemos observar.

Una de las pruebas más claras de la existencia de Dios se encuentra en la asombrosa realidad del diseño que se observa en el



¿Es la vida simplemente producto del azar? Los evolucionistas pretenden convencernos de que la belleza y el orden que observamos en todas partes surgieron fortuitamente, sin planificación alguna.

universo. El profesor Paul Davies lo ha expresado muy bien: “Los seres humanos siempre se han sentido atemorizados ante la sutilidad, majestad y compleja organización del mundo físico. El desfile de los cuerpos celestiales a través del espacio, los ritmos, las estaciones, el diseño de un copo de nieve, los millones de seres vivientes tan bien adaptados a su ambiente, todas estas cosas parecen estar demasiado bien arregladas como para ser producto del azar. Existe una tendencia natural de atribuir el detallado orden del universo a la obra bien planeada de una Deidad” (Davies, *op. cit.*, p. 194).

Otro escritor que vio claramente demostrada la existencia de Dios en todo lo que lo rodeaba fue el rey David, quien al contemplar el cielo hace unos 3.000 años pudo entender que estaba viendo la obra del Creador y que el hombre podía entender mucho acerca de él por medio de lo que había creado: “El cielo proclama la gloria de Dios; de su creación nos habla la bóveda celeste. Los días se lo cuentan entre sí; las noches hacen correr la voz. Aunque no se escuchan palabras ni se oye voz alguna, el tema va por toda la tierra y hasta el último rincón del mundo, hasta donde el sol tiene su hogar” (Salmos 19:1-4, Versión Popular).

Todavía nos impresiona y maravilla el esplendor del cielo en las noches estrelladas. ¿Qué son esos puntitos de luz que brillan en la oscuridad del espacio? ¿Cómo

(Continúa en la página 8)

Un planeta perfecto para la vida

¿A caso la vida en nuestro planeta podría ser la obra de un relojero ciego, o sencillamente de nadie? ¿Podría ser simplemente resultado de la casualidad?

Algunos científicos han llegado a la conclusión de que quizá la Tierra es el único planeta en el universo en que puede haber vida, ya que las condiciones necesarias para que ésta exista son tan específicas que la posibilidad de que haya vida en otros planetas es infinitesimal.

La atmósfera

La atmósfera terrestre es uno de los aspectos de nuestro planeta que está perfectamente dispuesto para que haya vida. Ningún otro planeta en nuestro sistema solar tiene algo ni siquiera remotamente parecido. Arriba en la atmósfera, el ozono intercepta las radiaciones dañinas provenientes del Sol. Además, la atmósfera nos protege de la inmensa mayoría de los bólidos, calcinándolos mucho antes de que puedan

llegar a la superficie terrestre. Si esto no fuera así, causarían grandes daños y pérdidas de vida.

Nuestra atmósfera contiene una mezcla de gases en la proporción perfecta para mantener la vida. El 21 por ciento del aire es oxígeno. Sin oxígeno, tanto los seres humanos como los animales morirían en pocos minutos. Pero demasiado oxígeno es tóxico y hace más inflamables los materiales combustibles. Si la proporción de oxígeno en el aire subiera tan sólo al 24 por ciento, se producirían gigantes incendios que serían tremendamente destructivos y difíciles de controlar.

El nitrógeno, que diluye el oxígeno, forma el 78 por ciento de la atmósfera terrestre. También cumple una función importante como fertilizante de las plantas. Diariamente, en todos los lugares donde se producen tormentas, millones de rayos luminosos combinan nitrógeno con oxígeno dando origen a nuevos compuestos que, al llover, son aprovechados por las plantas.

Gran parte del resto de la atmósfera se compone de bióxido de carbono, sin el cual no existiría la vida vegetal. Las plan-

tas necesitan del bióxido de carbono, el cual absorben al tiempo que despiden oxígeno. En los humanos y en los animales el proceso se invierte: respiramos oxígeno y exhalamos bióxido de carbono. Mediante este portentoso y preciso ciclo simbiótico, las plantas mantienen la vida humana y animal, y viceversa.

Aun el grosor de la corteza terrestre tiene que ver con la regulación de nuestra atmósfera. Si la corteza terrestre fue-



A diferencia de los demás planetas, la Tierra reúne todas las condiciones necesarias para que abunde la vida. ¿Son estas condiciones producto del azar, de una serie de sucesos fortuitos?

ra más gruesa, entonces el oxígeno se acumularía debajo de la superficie como óxidos. Si fuera más delgada, estaríamos expuestos constantemente a terremotos y tremendas erupciones volcánicas que llenarían de ceniza la atmósfera.

¿Cuán importante es el perfecto equilibrio de nuestra atmósfera? En Venus, el planeta vecino, existe lo que se ha pensado es un incontrolado efecto de invernadero en el cual el calor está atrapado y no puede escapar. Un astrónomo de la NASA ha explicado que la Luna, nuestro estéril satélite, "es un lugar hospitalario comparado con Venus, donde, desde una altura de 40 kilómetros cae una lluvia de ácido sulfúrico concentrado sobre una superficie que está tan caliente como plomo derretido" (Robert Jastrow, *God and the Astronomers* ["Dios y los astrónomos"], 1992, p. 117).

Tamaño y posición

Otra condición que hace a nuestro planeta propicio para la vida es su tamaño, el cual determina su fuerza de gravedad y el efecto que ésta tiene en la atmósfera. Si su tamaño fuera sólo un poco

más grande, la fuerza de gravedad sería un poco más fuerte y haría que el hidrógeno, un gas liviano, no pudiera escaparse de tal fuerza y entonces se acumularía en la atmósfera, haciendo imposible que hubiera vida en nuestro planeta. En el caso de que la Tierra fuera un poco más pequeña, el oxígeno, tan necesario para la vida, se escaparía y el agua se evaporaría. Por consiguiente, la vida humana no podría existir en nuestro planeta si éste fuera un poco más grande o más pequeño.

En su órbita alrededor del Sol, la Tierra se desplaza a una velocidad de aproximadamente 107.000 kilómetros por hora. A esa velocidad, la fuerza centrífuga de la Tierra equivale a la fuerza de gravedad del Sol, lo que permite que nuestro planeta se mantenga a la distancia apropiada del Sol. Si la velocidad fuera menor, el Sol iría atrayendo a la Tierra gradualmente, hasta quemar y destruir toda forma de vida. En el planeta Mercurio, por ejemplo, la

temperatura durante el día es de unos 315 grados centígrados.

Por otro lado, si la velocidad de la Tierra fuera mayor, llegaría un momento en que estaría tan alejada del Sol que sería un planeta yermo y congelado como Plutón, que tiene una temperatura de unos 185 grados centígrados bajo cero, lo que también acabaría con toda forma de vida.

La Tierra gira con un ángulo de inclinación de 23,5 grados en relación con el Sol. Aunque no es un factor directamente relacionado con la presencia de la vida, este ángulo de inclinación origina el cambio de estaciones que podemos disfrutar. Si nuestro planeta no tuviera esta inclinación en su eje, el clima sería siempre el mismo, sin cambios de estación. Si la inclinación fuera mayor, los veranos serían bastante más calientes y los inviernos mucho más fríos, lo que causaría grandes estragos en los ciclos de las plantas y de la agricultura.

El agua vivificante

Son muchas las formas de vida que dependen del agua en su estado líquido. Esto quiere decir que la Tierra no debe



Única entre los planetas de nuestro sistema solar, la Tierra tiene abundancia de agua vivificante.

estar ni demasiado cerca ni demasiado lejos del Sol. Los astrónomos consideran que si la distancia de la Tierra al Sol cambiara siquiera en un 2 por ciento, desaparecería toda forma de vida ya que el agua se congelaría o se evaporaría.

Otro aspecto que hace posible la vida en nuestro planeta son las características únicas del agua congelada. El hielo es algo tan común que muy pocos nos ponemos a pensar en que el equilibrio de la vida depende de las sencillas propiedades químicas del hielo.

El agua es una de las pocas sustancias que se expanden al ser congeladas. Cuando se congelan la mayoría de las sustancias, se hacen más densas y se hunden cuando son colocadas en un recipiente que contenga la misma sustancia en estado líquido. Pero eso no sucede con el hielo. Debido a que el volumen del agua, al congelarse, aumenta en un 10 por ciento, el hielo tiene la rara particularidad de flotar sobre el agua. Cuando en el invierno los ríos y lagos se congelan, se congelan de arriba hacia abajo. Si las características del hielo fueran iguales a las de la mayoría de las sustancias, se hundiría, y entonces los ríos y los lagos se congelarían de abajo hacia arriba. Así, muchos cuerpos de agua terminarían siendo enormes masas sólidas de hielo, lo que acabaría con casi todas las formas de vida que los habitan.

El astrónomo Hugh Ross hace notar otras formas en que la Tierra es un planeta perfecto para la vida: "Como lo reconocen ahora los bioquímicos, para que las moléculas vivificadoras obren de tal manera que los organismos puedan vivir, es necesario que haya un ambiente donde el agua líquida sea estable. Esto quiere decir que un planeta no puede estar ni muy cerca ni muy lejos de su estrella. En

el caso del planeta Tierra, un cambio en la distancia del Sol tan pequeño como de un 2 por ciento privaría al planeta de toda vida... El periodo de rotación de un planeta donde haya vida no puede variar sino en un pequeño porcentaje. Si el planeta tarda más en girar, las diferencias de temperatura entre el día y la noche serán demasiado grandes. Por otro lado, si el planeta gira muy rápido, el viento soplará a velocidades catastróficas. Por ejemplo, un día calmado en Júpiter (cuyo periodo de rotación es de 10 horas) origina vientos de 1.600 kilómetros por hora..." (*The Creator and the Cosmos* ["El Creador y el cosmos"], 1993, pp. 135-136).

En contraste con las 10 horas de rotación de Júpiter, nuestro planeta vecino Venus gira una vez cada 243 días. Si la rotación de la Tierra tomara tanto tiempo, la vida vegetal no sería posible debido a la prolongada oscuridad y a los extremos de calor y frío que se producirían por los días y noches tan largos.

El asombroso sistema solar

El Dr. Ross explica cómo otros planetas en nuestro sistema solar desempeñan un importante papel en conservar la vida en la Tierra: "A fines de 1993, el científico planetario George Wetherell, de la Institución Carnegie en Washington, D.C., hizo un emocionante descubrimiento acerca del sistema solar. Al analizar en la computadora simulaciones de nuestro sistema solar, descubrió que si no hubiera un planeta del tamaño de Júpiter justamente en la posición en que éste se encuentra, llegarían a la Tierra cometas o restos de éstos con una frecuencia mil veces mayor que la actual. En otras palabras, sin Júpiter, impactos como el que destruyó a los dinosaurios serían cosa común.

"Veamos cómo funciona este sistema de protección. Júpiter tiene más del doble de tamaño que todos los demás planetas juntos. Debido a su gigantesca... fuerza de gravedad y su posición entre la Tierra y la nube de cometas que se encuentra alrededor del sistema solar, Júpiter atrae los cometas (por la gravedad) para que se estrellen en él... o, lo que es más común, los desvía (por la gravedad) fuera del sistema solar. Como dice Wetherell, si no fuera por Júpiter, 'nosotros no estaríamos aquí estudiando el origen del sistema solar'.

"Tampoco estaríamos aquí si no fuera por la muy elevada regularidad en las órbitas tanto de Júpiter como de Saturno

... el astrofísico francés Jacques Laskar comprobó que si los planetas más alejados fueran menos constantes [en sus órbitas], entonces el movimiento de los planetas más cercanos sería caótico, y la Tierra sufriría alteraciones orbitales de tal magnitud que trastornarían su estabilidad climática. En otras palabras, el clima en la Tierra no sería propicio para la vida... Por eso hasta las características de las órbitas de Júpiter y Saturno deben encajar dentro de ciertos límites estrechos para que la vida sea posible en la Tierra...

"La Luna también desempeña un papel importante para que haya vida. Entre los cuerpos del sistema solar, nuestra Luna es única debido a que es muy grande en relación con el tamaño de su planeta. Como resultado, la Luna ejerce una significativa atracción gravitacional sobre la Tierra. Gracias a este efecto, las aguas costeras se limpian y reponen sus elementos nutritivos, y la oblicuidad (la inclinación del eje de rotación en relación con el plano orbital) de la Tierra se estabiliza (un factor importante para evitar extremos climáticos)... Así vemos que la Tierra está perfectamente acondicionada para que haya vida, por medio de una variedad de características perfectamente coordinadas en la galaxia, estrella, planeta y luna nuestros.

"Este estudio de ninguna manera agota la lista de características que tienen que ser milimétricamente coordinadas para que pueda haber vida. En la li-



La intrincada interdependencia que existe entre la flora y la fauna debe hacer que nos preguntemos cómo pudieron surgir por casualidad.

teratura referente a la astronomía encontramos estudios acerca de más de 40 características que dependen de valores estrechamente definidos. Y esta lista crece con cada nuevo año de investigación" (*ibidem*, pp. 137-138).

No es de sorprenderse que el relato de la creación en el Génesis finalice con este resumen: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera..." (Génesis 1:31). □

(Viene de la página 5)

llegaron allí? ¿Por qué están allí? ¿Qué hay más allá de ellos en la insondable profundidad del universo? La grandeza de ese resplandeciente cielo hace que nos preguntemos no sólo acerca del universo, sino también acerca del papel que desempeñamos en él. Lo mismo sucede con el intrincado diseño de todas las cosas que nos rodean, no sólo de las que vemos sino también de las de ese mundo que podemos explorar únicamente con el microscopio.

Unos mil años después de que el rey David expresara su admiración ante estas maravillas, el apóstol Pablo en su epístola a los cristianos de Roma les dijo que “lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que él es Dios y que su poder nunca tendrá fin . . .” (Romanos 1:20, Versión Popular).

Quienes escribieron la Biblia pudieron ver en la creación muchas pruebas de un sabio Creador. Entendieron que las maravillas que nos rodean pregonan el mismo mensaje: ¡Tan asombroso diseño exige que

haya un maestro Diseñador! Ya sea que nos impresione la fuerza del mar, la grandeza de las montañas, la delicada belleza de las flores o el nacimiento de un niño, cuando observamos el mundo que nos rodea es natural que lleguemos a la conclusión de que esta es la obra de un gran Diseñador.

La creación nos revela al Creador

John Polkinghorne, físico teórico, presidente del Colegio de Queens en la Universidad de Cambridge y miembro de la Real Sociedad Británica, escribió: “La belleza intelectual del orden descubierto por la ciencia está en armonía con el hecho de que el mundo físico tuvo su origen en la mente del Creador divino . . . El equilibrio tan preciso de las leyes que determinan la estructura física del universo, está en armonía con el hecho de que su productiva historia es la expresión del propósito divino” (*Serious Talk: Science and Religion in Dialogue* [“Hablando en serio: Diálogo entre la ciencia y la religión”], 1995, p. viii).

Michael Behe, profesor de bioquímica en la Universidad Lehigh, en Pensilvania, EE.UU., después de terminar su exhausti-

vo estudio de la célula, base de la vida, llegó a la conclusión de que su tremenda complejidad sólo puede explicarse por la existencia de un Diseñador inteligente: “Para una persona que no se siente obligada a limitar su investigación a fuerzas carentes de inteligencia, la conclusión honrada es que muchos sistemas bioquímicos fueron diseñados. Fueron diseñados no por las leyes naturales, no por accidente o necesidad; más bien, fueron *planeados*. El diseñador sabía cómo iban a quedar los sistemas cuando estuvieran terminados, entonces hizo lo necesario para crearlos” (*Darwin's Black Box: The Biochemical Challenge to Evolution* [“La caja negra de Darwin: El desafío bioquímico a la evolución”], 1996, p. 193, énfasis en el original).

Terminó diciendo: “La vida en la tierra, en su aspecto más elemental, en sus componentes más fundamentales, es el producto de un diseño inteligente” (*ibidem*).

La precisión que existe en nuestro universo no es el resultado de un accidente. Es producto de la obra de un meticuloso Creador y Legislador, ¡del maestro Relojero del universo!



El principio del universo

¿Ha existido siempre el universo, o tuvo un principio en algún momento específico? Gran parte de la discusión acerca de un Dios creador se basa en esta pregunta. Al fin y al cabo, si el universo ha existido siempre, no hay necesidad de que ningún ser o inteligencia superior lo haya diseñado y creado. Por otro lado, si el universo tuvo su origen en un momento específico, algo tuvo que ser la causa.

Los científicos no están de acuerdo en cuanto a si el universo tuvo o no un principio. Algunos creen que es posible que siempre haya existido. El físico inglés Stephen Hawking explica por qué: “Si el universo tuviera un principio, podríamos suponer que tuvo un creador. Pero si el universo fuera completamente autónomo e ilimitado, no tendría necesidad de un principio ni de un fin: sencillamente existiría” (*A Brief History of Time* [“Breve historia del tiempo”], 1988, pp. 140-141).

Pero este último concepto ya no es la perspectiva de los científicos en general. La mayoría de ellos ahora acepta que el universo surgió repentinamente en un momento específico.

Un descubrimiento revolucionario

A principios del siglo 20 algunos astrónomos descubrieron un fenómeno que se conoce como el desplazamiento rojo; es decir, que la luz de lejanas galaxias es desplazada hacia el rojo en el espectro de colores. El astrónomo Edwin Hubble se dio cuenta de que esto quería decir que el universo se está expandiendo. Descubrió que las galaxias y enjambres de galaxias se están alejando unas de otras en todas direcciones.

Para poder visualizar este revolucionario descubrimiento, imaginémosnos unos puntos de tinta en la superficie de un globo que estemos inflando. A medida que lo inflamos, los puntos se alejan unos de otros en todas direcciones. Hubble y otros astró-

nomos descubrieron que en todo el universo las galaxias se están alejando unas de otras en la misma forma. También pudieron ver que mientras más alejada de nosotros esté una galaxia o un grupo de éstas, más rápido se alejan.

Dondequiera que miró, Hubble observó que el universo estaba expandiéndose. El descubrimiento fue revolucionario, ya que hasta ese momento la mayoría de los astrónomos suponían que las galaxias se movían al azar. Otros astrónomos y físicos confirmaron los descubrimientos y conclusiones de Hubble. ¿Qué significaría esto?

El Dr. John D. Barrow, profesor de astronomía en la Universidad de Sussex, Inglaterra, examina el fascinador asunto de cómo empezaron el espacio, la materia e incluso el tiempo. Con respecto a la expansión del universo, él dice: “Este fue el descubrimiento más grande de la ciencia en el siglo 20, y confirmó lo que la teoría de la relatividad de Einstein había predicho acerca

del universo: que no puede permanecer estático. Si las galaxias no se estuvieran alejando a toda prisa unas de otras, la atracción gravitacional entre ellas las juntaría a todas. El universo no puede estar inmóvil.

“Si el universo está expandiéndose, entonces cuando invirtamos la dirección de la historia y miremos hacia el pasado deberemos encontrar pruebas de que surgió de un estado más pequeño y más denso, un estado que parece haber sido alguna vez de tamaño cero. Este aparente principio es lo que ha venido a conocerse como la gran explosión” (*The Origin of the Universe* [“El origen del universo”], 1994, pp. 3-5).

En otras palabras, la conclusión a la cual llegaron los astrónomos es que estaban viendo la secuela de una explosión inimaginablemente poderosa que lanzó materia y energía en todas direcciones, formando así el universo conocido; de ahí el nombre de “gran explosión”. Lo que estaban observando realmente era el hecho de que el universo tenía que tener un principio.

El momento de la creación

El descubrimiento estremeció a la comunidad científica. Robert Jastrow, fundador del Instituto Goddard para Estudios Espaciales y ex profesor de astronomía y geología en la Universidad de Columbia, Nueva York, dice: “Pocos astrónomos podían haber previsto que este suceso —el súbito nacimiento del universo— vendría a ser un hecho científico comprobado, pero la observación del espacio sideral por medio de telescopios los ha obligado a llegar a esa conclusión” (*The Enchanted Loom: Mind in the Universe* [“El telar encantado: La inteligencia en el universo”], 1981, p. 15).

También declara: “La semilla de todo lo que ha sucedido en el universo desde entonces, fue plantada en el primer instante . . . Fue literalmente el momento de la creación” (*Journey to the Stars: Space Exploration—Tomorrow and Beyond* [“Viaje a las estrellas: La exploración del espacio, mañana y más allá”], 1989, p. 47).

Los científicos habían descubierto un hecho importantísimo que ya había sido consignado en la Biblia desde hace unos 3.500 años: El universo no era eterno; tuvo un principio. Otros descubrimientos, entre ellos la desintegración radiactiva de ciertos elementos, probaron que la edad de estos

elementos no podía ser infinita porque de ser así se habrían transformado en plomo desde hacía mucho tiempo.

Mientras los científicos y filósofos supusieron que el universo había existido desde siempre —que no tenía un principio y por consiguiente no era necesario un Creador— fácilmente podían rechazar la existencia de Dios. Pero son pocos los que aún insisten en que la Tierra y el universo son infinitos, porque hay muchas pruebas en contra. En su mayoría, los científicos se han visto obligados a reconocer que vivimos en un universo que tuvo un principio.

Ese reconocimiento da lugar a preguntas que desconciertan a muchos científicos. Antes de que el universo fuera creado,



¿Cómo llegó a la existencia nuestro universo? ¿Cuál de los dos conceptos requiere más fe de parte de sus adeptos: que se creó a sí mismo de la nada, o que lo formó un gran Creador?

¿qué fuerza, poder o ley existía que pudo haber sido la causa de que éste surgiera? Nuestro raciocinio nos dice que el universo no pudo haber surgido de la nada. Eso es contrario a la lógica y también a las leyes de la física. ¿Qué —o quién— creó el universo? Y ¿por qué lo hizo?

Los límites de la ciencia

Es en este punto donde la ciencia tiene que detenerse. Como comenta el profesor Jastrow: “Es posible que exista una explicación válida para el explosivo nacimiento de nuestro universo; pero si existe tal explicación, la ciencia no puede encontrar cuál es. La búsqueda retrospectiva de los científicos termina en el momento de la creación . . . Nos gustaría continuar esa investigación aún más atrás en el tiempo, pero la barrera que se opone al progreso parece insuperable. No es cuestión de otro año u otro decenio de trabajo, otros cálcu-

los u otra teoría; en estos momentos parece que la ciencia nunca podrá discernir el velo que oculta el misterio de la creación” (*God and the Astronomers* [“Dios y los astrónomos”], 1978, pp. 114-116).

El profesor Jastrow reconoce que todo lo que los científicos conocen no se extiende más allá del momento de la creación. El hecho de que el universo surgió súbitamente *de la nada*, desafía todas las leyes conocidas, de manera que la ciencia no puede dar una explicación coherente. No hay nada que le permita estudiar, medir o reconstruir un suceso que está más allá del entendimiento científico.

Algunos científicos sacan conclusiones incorrectas de estos hechos suponiendo que, debido a que la ciencia no puede descubrir lo que sucedió antes de que fuera formado el universo, nada pudo haber sucedido antes de que fuera formado. Esto no nos dice nada acerca de la existencia o inexistencia de Dios, pero sí dice mucho acerca de las limitaciones de la tradicional perspectiva científica. Si queremos entender qué o quién existió antes del universo, tenemos que encontrar una fuente de información aparte de la ciencia. Y sólo hay una fuente que presenta una explicación verosímil y coherente: la Biblia.

Frente a lo que dice la Biblia, sólo hay una alternativa: Los ateos tienen que afirmar que el universo entero provino de la nada, y sin causa alguna. Tienen que refugiarse tras esta afirmación infundada e indefendible porque no hay otra forma de eludir la existencia de una causa primera.

Pero su afirmación más elemental es errónea. Se ha comprobado que el principio del universo fue un acontecimiento específico. Todos sabemos, por años y años de experiencia, que una de las verdades más básicas es que todo acontecimiento tiene una causa. Esta verdad elemental es el fundamento de las leyes que gobiernan la energía y la materia. No hay efecto sin causa. El principio del universo fue un acontecimiento que tuvo una causa específica.

Lo que dice la Biblia

En Génesis 1:1 leemos: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Esta es una frase sencilla, pero contesta la más elemental y científica de todas las preguntas: ¿De dónde vinimos?

En este versículo se nos habla del principio del universo; tuvo un principio causado por una fuerza eterna e inmutable que no es parte de este universo físico. Cuando se creó la materia, ese fue el principio del tiempo tal como nosotros lo medimos. En lo que se refiere al origen del universo, este versículo contesta las preguntas de quién, qué y cuándo; el por qué viene un poco más adelante. En Hebreos 11:3 encontramos más información: “Por la fe [la confianza en lo que Dios ha revelado] entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”.

En esta breve explicación hay dos cosas que debemos tener en cuenta. La primera es que el universo provino de algo; tuvo una causa primera. Provino de algo que no era visible; es decir, no era materia preexistente. Las Escrituras nos dicen que nuestro universo tuvo una causa; esto es verdaderamente una declaración científica. La segunda es que se nos dice que por la fe entendemos que el universo fue constituido por la palabra de Dios, pero esta no es una fe ciega. No se nos pide que creamos

que el universo brotó sin causa y sin propósito, pues este es el dogma de fe de los ateos. Se nos pide que creamos que tuvo su origen en la obra voluntaria de un ser que es eterno y que posee el poder suficiente para hacer que el universo existiera.

Cómo entender Génesis 1:1-2

En los últimos 150 años, ninguna parte de la Biblia ha sido más agresivamente atacada que el relato de la creación en el primer capítulo del Génesis. Los darvinistas han hablado mucho acerca de ciertas indicaciones que parecen sugerir que nuestro planeta puede tener entre cinco y 15 mil millones de años de antigüedad. Por otro lado, otras personas, basándose en cuidadosos estudios de las genealogías bíblicas y la historia, aseguran que éste ha existido por unos 6.000 años. En esta polémica los dos primeros versículos de la Biblia son de gran importancia.

Esta controversia nos conduce a una pregunta primordial: Si la Tierra tiene miles de millones de años, y si las claras declaraciones de la Biblia acerca de la creación son erróneas, entonces ¿cómo pode-

mos creer las demás cosas que ésta dice? Es una pregunta válida y ha dado lugar a la perspectiva que predomina en nuestros sistemas educativos, la cual pone a la ciencia en contra de la religión. Las declaraciones de la ciencia son impresionantes, pero ¿qué es lo que dice la Biblia realmente?

Algunos eruditos reconocen que la frase: “Y la tierra estaba desordenada y vacía” (Génesis 1:2) puede ser traducida como: “Y la tierra *se volvió* desordenada y vacía”.

El Dr. Gleason Archer, profesor de idiomas bíblicos, dice: “Debe notarse . . . que el verbo *estaba* en Génesis 1:2 bien puede ser traducido como ‘se volvió’, de manera que diga: ‘Y la tierra se volvió desordenada y vacía’. Sólo una catástrofe cósmica podría explicar la introducción de la caótica confusión en la perfección original de la creación de Dios. En lo que se refiere a la exégesis, esta interpretación ciertamente parece ser razonable . . .” (*A Survey of Old Testament Introduction* [“Introducción general al Antiguo Testamento”], 1974, p. 184). Y en una nota al margen, Archer agrega: “Por tanto, no puede haber objeción gramatical en contra de la traducción:

¿Qué tan grande es grande?

El tamaño de nuestro sistema solar, sin tener en cuenta la galaxia de la Vía Láctea, es tan grande que no podemos ni siquiera imaginárnoslo. Pero tratemos de visualizarlo en términos que podamos captar más fácilmente.

Primero, imaginémonos al Sol del tamaño de una naranja. En esa escala, la Tierra es como un granito de arena que gira alrededor del Sol a una distancia de nueve metros. El gigantesco planeta Júpiter, muchas veces más grande que la Tierra, es un hueso de cereza que circula a 61 metros de distancia. Saturno, de tamaño menor que un hueso de cereza, gira a dos cuerdas del Sol. Plutón, el planeta más lejano que se conoce de nuestro sistema solar, es otro granito de arena situado a unas 10 cuerdas—casi 800 metros—de nuestro Sol de tamaño de naranja.

¿Cómo se compara eso con las distancias dentro de nuestra galaxia? En esa escala, el vecino más cercano al Sol, la es-

trella Próxima Centauri, está a unos 2.100 kilómetros de distancia. Nuestra galaxia, en esa misma escala, podría compararse a un grupo de 200 mil millo-



El universo es inimaginablemente grande. Aunque tratemos de expresar las distancias en términos que podamos entender, tarde o temprano las comparaciones se vuelven incomprensibles. ¿Cómo llegó a existir un universo tan grande?

nes de naranjas, separadas una de otra por un promedio de 3.200 kilómetros, formando un racimo cuyo diámetro sería de unos 32 millones de kilómetros.

Algunos astrónomos, basándose en investigaciones en las cuales han utilizado los telescopios y otros instrumentos más avanzados, calculan que en el universo existen unos 100 mil millones de galaxias o más. Pero aún no han encontrado el fin o la orilla del universo; esto es sencillamente lo máximo que se ha podido detectar con instrumentos capaces de mirar 10 mil millones de años luz dentro del espacio sideral.

La cantidad de materia y energía en el universo es algo insondable para la mente humana. Explicamos las distancias y el espacio en términos de años luz, que es la distancia que viaja la luz en un año (más de nueve billones de kilómetros), como si las comprendiéramos. Pero ni siquiera podemos empezar a captar lo que significan tales cifras. Una vez más debemos enfrentarnos a la pregunta esencial: ¿Es todo esto producto de la nada? □

‘Y la tierra se volvió desordenada y vacía’ en Génesis 1:2”.

Otro estudioso de la Biblia, Arthur Custance, escribió: “Para mí, este asunto es importante, y después de estudiar el problema por unos 30 años y después de leer todo lo que pude encontrar sobre los pros y los contras, y después de acumular en mi propia biblioteca unos 300 comentarios sobre el Génesis (el más antiguo data de 1670), estoy persuadido, con base en las pruebas, de que hay mucha más razón para traducir Génesis 1:2 como: ‘Pero la tierra se había vuelto una ruina y una desolación, etc.’, que la que hay para cualesquiera de las traducciones típicas de nuestras versiones modernas” (*Without Form and Void: A Study of the Meaning of Genesis 1:2* [“Desordenada y vacía: Estudio del significado de Génesis 1:2”], 1970, p. 7).

En otras palabras, Dios creó los cielos y la tierra, pero el texto hebreo original admite que la tierra después *se volvió* “desordenada y vacía”. Esto puede indicar que algo dañó la creación original que se describe en Génesis 1:1, por lo que luego Dios tuvo que restaurar el orden; esto pudo ocurrir durante los seis días de restauración que fueron seguidos por el reposo del séptimo día. (Si usted desea más información sobre esta perspectiva de Génesis 1:1-2, puede solicitar el folleto gratuito *¿Se puede confiar en la Biblia?*)

Baste aquí con decir que Dios no crea las cosas en estado de caos (Isaías 45:18; 1 Corintios 14:33). Dios le dijo a Lucero: “Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ezequiel 28:15). Dios es un ser de perfección, de orden y de belleza. El caos y el desorden son el resultado del rechazo de sus leyes, la rebelión en contra de él. Las Escrituras nos muestran que ya había ángeles antes de que Dios creara el universo físico (Job 38:4-7). Algunos de los seres angélicos fueron los primeros en romper la armonía y causar confusión en la creación perfecta de Dios.

Otros versículos nos indican que hubo una creación original (Génesis 1:1) que precedió a la condición “desordenada y vacía” (en hebreo *tohú* y *bohú*, que quiere decir un estado de caos, desorden o confusión) del versículo 2. En Isaías 45:18 se nos dice justamente que Dios no creó la Tierra “en vano [*tohú*]”, sino “para que fuese habitada la creó”. El estado caótico que se menciona en Génesis 1:2 sobrevino después de la creación original.

Al parecer, este caos fue el resultado de la rebelión de Lucero [Satanás] y la tercera parte de los ángeles (Isaías 14:12-15; Ezequiel 28:15-17; Apocalipsis 12:4). Más tarde, después de un tiempo indeterminado, Dios llevó a cabo una completa restauración de la superficie del planeta durante seis días de actividad seguidos del séptimo como reposo (Génesis 1; Éxodo 20:11). Es decir, parece ser que hubo un gran intervalo de tiempo entre la creación original descrita en Génesis 1:1 y la restauración que empezó en el versículo 3. Este lapso pudo haber sido de miles de millones de años, lo que da lugar a la “profundidad de tiempo” que parecen haber descubierto algunos geólogos y otros científicos en los últimos dos siglos.

Por tanto, la Biblia misma, cuando la entendemos correctamente, nos ofrece una solución lógica para este supuesto misterio, y no existe ningún conflicto con que el universo pueda tener miles de millones de años. La Biblia sencillamente no dice qué edad tiene el universo o nuestro planeta, pero sí declara sin ambages que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Un universo regido por leyes

¿Qué es lo que los científicos han descubierto con respecto a las leyes elementales que existían cuando se originó nuestro universo? Lejos de tener una estructura caótica, como sería de esperar si no fueran producto de una inteligencia, la conclusión general de los científicos es que el universo ha estado expandiéndose de manera ordenada desde su comienzo. No debemos suponer que esa expansión ha ocurrido sin ton ni son.

Keith Ward, profesor de historia y de la filosofía de la religión en la Universidad de Londres, escribe: “El universo empezó a expandirse de una manera muy precisamente ordenada, de acuerdo con un conjunto de leyes y constantes matemáticas que gobernaban su transformación subsecuente en un universo como el que vemos hoy. Ya existía una complicada serie de leyes cuánticas que regían posibles interac-

ciones de partículas básicas; y según una de las teorías principales, el universo se originó por la operación de fluctuaciones en un campo cuántico de acuerdo con esas leyes” (*God, Chance & Necessity* [“Dios, la casualidad y la necesidad”], 1996, p. 17).

Semejantes descubrimientos y conclusiones científicas nos traen una vez más a



El hombre sigue descubriendo nuevas maravillas en el cosmos, pero éstas siempre están gobernadas por leyes precisas.

las preguntas básicas: ¿Quién creó las leyes originales de la astrofísica? ¿Surgieron por casualidad o accidente, o fueron establecidas por un Creador divino?

¿Leyes sin un Legislador?

Los científicos reconocen que nuestro maravilloso universo está gobernado por leyes precisas. El profesor Davies resume de esta manera los descubrimientos acerca de estas leyes: “Cada adelanto [científico] trae nuevos e inesperados descubrimientos, y desafía nuestras mentes con conceptos extraños y, en ocasiones, difíciles. Pero a través de todo se extiende el hilo familiar de la racionalidad y el orden . . . Este orden cósmico está sostenido por leyes matemáticas bien definidas que se entretajan para formar una sutil y armoniosa unidad. Las leyes poseen una elegante sencillez, y frecuentemente han llamado la atención de los científicos tan sólo por su belleza” (*The Mind of God: The Scientific Basis for a Rational World* [“La mente de Dios: La base científica para un mundo racional”], 1992, p. 21).

Como dijo Einstein: “Todo aquel que se dedica seriamente a la investigación científica llega a convencerse de que en las leyes del universo se manifiesta un espíritu: un espíritu sumamente superior al del hombre” (*The Quotable Einstein* [“Citas de Einstein”], 1996, p. 152).

¿Quiere decir que la preexistencia del intrincado y complejo sistema de leyes

naturales en el universo tuvo realmente un Legislador? ¿O puede la ciencia demostrar que el origen del universo es sólo el resultado de “causas naturales”?



Comprendemos muchas de las leyes que regulan el funcionamiento del universo. Sin embargo, la ciencia no puede explicar cómo llegaron a existir ni las leyes ni el universo que gobiernan.

El bioquímico Michael Behe escribe: “Es común, casi trivial, decir que la ciencia ha hecho grandes adelantos en el entendimiento de la naturaleza. Las leyes de la física se entienden tan bien ahora, que son-

das espaciales vuelan con toda precisión para fotografiar mundos a miles de millones de kilómetros de distancia. Computadoras, teléfonos, luces eléctricas y otros ejemplos innumerables dan testimonio de cómo la ciencia y la tecnología han logrado aprovechar las fuerzas de la naturaleza . . .

”Pero entender cómo funciona algo no es lo mismo que entender cómo llegó a ser. Por ejemplo, los movimientos de los planetas en el sistema solar pueden predecirse con asombrosa exactitud; no obstante, todavía se debate mucho acerca del origen del sistema solar (es decir, cómo se originaron el sol, los planetas y sus lunas). Quizá la ciencia llegue algún día a resolver el acertijo; aun así, sigue

siendo cierto que entender el origen de algo es diferente de entender su funcionamiento diario” (*Darwin’s Black Box: The Biochemical Challenge to Evolution* [“La caja negra de Darwin: El desafío bioquímico a la evolución”], 1996, p. ix).

Muchas personas inteligentes y educadas —y que tienen una fe casi religiosa— creen que las complicadas leyes que gobiernan el universo surgieron por casualidad. Pero ¿es lógico o racional creer tal cosa? Sabemos sin duda alguna que esta postura no está basada en ninguna prueba demostrable. He aquí la verdadera pregunta: ¿Tiene sentido creer que un universo gobernado por un ordenado sistema de leyes precisas surgió espontáneamente de la nada?

La perspectiva bíblica

Aquí es donde tenemos que prestar mayor atención a lo que nos dicen las Sagradas Escrituras. Éstas nos presentan un cuadro muy diferente: “. . . Él *mandó*, y fueron creados [los cielos]. Los hizo ser eternamente y para siempre; les puso *ley* que no será quebrantada” (Salmos 148:5-6).

Descubrimientos que desconciertan a la ciencia

El Dr. Robert Jastrow es el fundador y ex director del Instituto Goddard para Estudios Espaciales de la NASA, así como ex profesor de astronomía y geología en la Universidad de Columbia (Nueva York) y profesor de ciencias terrestres en la Universidad Dartmouth. Ha recibido premios prestigiosos por su servicio sobresaliente al gobierno de los Estados Unidos y por sus excepcionales logros científicos.

Es un prolífico escritor de temas científicos, especialmente en los campos de la astronomía, cosmología y exploración espacial. No se anda con rodeos para expresar lo que piensa, particularmente cuando se trata de los descubrimientos que desconciertan a sus colegas científicos y las no muy imparciales reacciones de éstos ante tales descubrimientos.

Sus comentarios dicen mucho acerca de las actitudes —y en ocasiones del prejuicio descarado— que algunos científicos tienen en contra de la posibilidad de que haya un Creador. Aunque en lo personal es agnóstico, él hace notar que los descubrimientos científicos y el libro del Génesis tienen mucho más en común de lo que sus colegas están dispuestos a reconocer. He aquí algunas de las declaraciones del Dr. Jastrow:

“Las pruebas astronómicas de que hubo un Principio colocan a los científicos en una posición incómoda, porque ellos creen que cada efecto tiene una causa natural, y que cada acontecimiento en el universo puede ser explicado por fuerzas naturales que funcionan de acuerdo con las leyes de la física. Sin embargo, la ciencia no ha podido encontrar ninguna fuerza en la naturaleza que pudiera haber sido el principio del universo; y no encuentra prueba alguna de que el universo siquiera existió antes de ese primer momento. El astrónomo inglés E.A. Milne escribió: ‘No podemos opinar acerca del estado de cosas [en

el principio]; en el acto divino de la creación no había nadie que pudiera observar o testificar lo que Dios hizo” (*The Enchanted Loom: Mind in the Universe* [“El telar encantado: Inteligencia en el universo”], 1981, p. 17).

“Los científicos no tienen prueba alguna de que la vida no haya sido un producto de la creación, pero impulsados por la naturaleza de su profesión buscan explicaciones para el origen de la vida que estén dentro de los límites de las leyes naturales. Ellos se preguntan: ‘¿Cómo surgió la vida de la materia inerte? Y ¿cuáles son las posibilidades de que eso sucediera?’ Y muy a su pesar no tienen una respuesta clara, debido a que los químicos nunca han podido reproducir los experimentos de la naturaleza acerca de la creación de vida a partir de la materia inerte.

“Los científicos no saben cómo sucedió y, además, no conocen la posibilidad de que pudiera suceder. Quizá la probabilidad es muy pequeña, y la aparición de la vida en un planeta es un acontecimiento de tan baja probabilidad que requiere un milagro. Quizá la vida en la Tierra es única en este universo. No existe prueba científica que excluya esta posibilidad” (*ibidem*, p. 19).

“El concepto de que el universo vino a existir mediante una explosión . . . frecuentemente llamado la teoría de la Gran Explosión . . . Fue literalmente el momento de la creación. Curiosamente, esta es la perspectiva bíblica del origen del mundo. Los pormenores de la versión de los astrónomos difieren grandemente de los bíblicos, particularmente en el hecho de que el universo parece tener más de los 6.000 años que se mencionan en la Biblia [de hecho, tal como explicamos en este capítulo, la Biblia no dice que el universo fue creado hace 6.000 años]; pero tanto el relato bíblico como el astronómico son iguales en un aspecto elemental. Hubo un principio, y

Aquí se nos dice que Dios creó leyes en “los cielos” que no pueden ser suspendidas. “Mi mano fundó también la tierra, y mi mano derecha midió los cielos con el palmo; al llamarlos yo, comparecieron juntamente” (Isaías 48:13).

En estos versículos encontramos grandes verdades, y cuando se comparan con otras alternativas —fruto del razonamiento humano— tienen mucho sentido. Es la única perspectiva que resuelve verdaderamente todas las dificultades. Observemos la reacción del astrónomo Hugh Ross cuando leyó por primera vez el relato bíblico de la creación: “Las características [del relato del Génesis] me impresionaron de inmediato. Eran sencillas, directas y específicas. Yo estaba asombrado con el número de datos históricos y científicos y con sus pormenores.

”Me tomó varias horas investigar tan sólo el primer capítulo. En lugar de otro extraño mito sobre la creación, aquí estaba algo como un registro diario de las condiciones iniciales del planeta, descritas correctamente desde el punto de vista de la

astrofísica y de la geofísica, seguidas por un resumen de la secuencia de cambios por medio de los cuales la Tierra llegó a ser habitada por seres vivientes y, finalmente, por el hombre.

”El relato era sencillo, elegante y científicamente exacto. Por lo que entendí, me parece que es el punto de vista de un observador que se encontraba en la superficie de la Tierra; tanto el orden como la descripción de los acontecimientos de la creación encajaban perfectamente con el registro establecido de la naturaleza. Yo me quedé asombrado” (*The Creator and the Cosmos* [“El Creador y el cosmos], 1993, p. 15).

La prueba de que nuestro planeta tuvo un principio definido, con leyes preexistentes que gobernaban todos sus movimientos, es una poderosa indicación de que Dios existe y que es el Creador y Sustentador de este maravilloso universo.

Muchos de los libros escritos por científicos parten de la premisa de que la teoría de la evolución es un hecho comprobado. La mayoría de nuestros sistemas educativos se basan en esa teoría. Pero ¿qué decir de otros

puntos de vista? Veamos lo que dice *The Columbia History of the World* [“Historia del mundo, de Columbia”], 1972, p. 3): “Ciertamente, nuestro mejor conocimiento actual, al que le falta la magia poética de la Escritura, parece en cierto modo menos creíble que el relato de la Biblia . . .”

Fred Heeren, escritor de temas científicos, hace notar que “la verdadera tendencia en la cosmología del siglo 20 . . . ha sido dejar un punto de vista que no armonizaba con el relato de la creación del Génesis, para adoptar uno que sigue muy de cerca la antigua perspectiva. De hecho . . . la revelación hebrea es la única fuente religiosa procedente de tiempos antiguos que encaja con el cuadro cosmológico moderno. Y en muchos casos, los expertos en los mitos y la arqueología del siglo 20 también se han visto obligados a cambiar los viejos conceptos que consideraban a la Biblia como un mito, por unos que la consideran como historia” (*Show Me God* [“Muéstreme a Dios”], 1997, prólogo).

Ya es tiempo de que nosotros le demos el debido crédito al libro del Génesis.

todo lo que hay en el universo puede ser rastreado hasta ese principio” (*Journey to the Stars: Space Exploration: Tomorrow and Beyond* [“Viaje a las estrellas: La exploración del espacio: Mañana y más allá”], 1989, p. 47).

”Ahora vemos cómo las pruebas astronómicas conducen a una perspectiva bíblica del origen del mundo. Los detalles difieren, pero los aspectos básicos son los mismos, tanto en el relato astronómico como en el del Génesis: La cadena de acontecimientos que lleva hasta el hombre empezó súbita y bruscamente en un momento definido en el tiempo, en un fogonazo de luz y energía. A algunos científicos no les agrada la idea de que el mundo haya empezado de esta manera” (*God and the Astronomers* [“Dios y los astrónomos”], 1978, p. 14).

”En general, los teólogos están contentos con la prueba de que el universo tuvo un principio; pero los astrónomos, curiosamente, están disgustados. Sus actitudes proporcionan una interesante muestra de la reacción de la mente científica —supuestamente una mente muy objetiva— cuando las pruebas descubiertas por la ciencia misma conducen a un conflicto con los artículos de fe de nuestra profesión. Resulta que el científico se comporta de la misma manera que el resto de nosotros cuando nuestras creencias están en conflicto con las pruebas. Nos sentimos irritados, queremos pensar que no existe el conflicto o lo encubrimos con frases sin sentido” (*ibidem*, p. 16).

”En estas reacciones [de los científicos ante la prueba de que el universo tuvo un comienzo súbito] existe una rara combinación de sentimientos y emociones. Proviene del corazón, mientras que uno esperaría que las opiniones vinieran de la mente. ¿Por qué?

”Yo creo que parte de la respuesta es que los científicos rechazan el solo pensamiento de un fenómeno natural que no puede ser explicado, ni siquiera con tiempo y dinero ilimitados. En la ciencia existe cierta clase de religión; es la religión de una persona que cree que hay orden y armonía en el universo, y

que cada acontecimiento puede ser explicado de una manera racional como el producto de algún suceso previo; cada efecto debe tener su causa; no hay una causa primera . . .

”Esta fe religiosa del científico es confrontada por el descubrimiento de que el mundo tuvo un principio en ciertas condiciones en las cuales no son válidas las leyes conocidas de la física, y que es el producto de fuerzas y circunstancias que nosotros no podemos descubrir. Cuando eso sucede, el científico ha perdido su control . . .

”Consideremos la magnitud del problema. La ciencia ha demostrado que en cierto momento el universo surgió como resultado de una explosión. Se pregunta: ¿Qué causa produjo este efecto? ¿Qué o quién puso la materia y la energía en el universo? ¿Fue creado el universo de la nada, o de la unión de materiales preexistentes? Y la ciencia no puede contestar estas preguntas . . .” (*ibidem*, pp. 113-114).

”Es posible que exista una explicación válida para el explosivo nacimiento de nuestro universo; pero si existe tal explicación, la ciencia no puede encontrar cuál es. La búsqueda retrospectiva de los científicos termina en el momento de la creación. Esta es una situación sumamente rara, inesperada para todos menos para los teólogos. Éstos siempre han aceptado lo que la Biblia dice: En el principio creó Dios los cielos y la tierra . . .

”Nos gustaría continuar esa investigación aún más atrás en el tiempo, pero la barrera que se opone al progreso parece insuperable. No es cuestión de otro año, otro decenio de trabajo, otros cálculos u otra teoría; en estos momentos parece que *la ciencia nunca podrá descubrir el velo que oculta el misterio de la creación*. Para el científico que ha vivido con su fe en el poder de la razón, el relato termina como una pesadilla. Ha escalado las montañas de la ignorancia y está a punto de conquistar la cúspide más alta; y en el momento en que se asoma a la última piedra, lo recibe un grupo de teólogos que ha estado allí por siglos” (*ibidem*, pp. 114-116). □



El Dador de la vida

¿Cómo empezó la vida? La inmensa variedad de seres vivos de la tierra, ¿acaso evolucionó de la nada? ¿Cómo pudo la materia inerte, carente de vida, llegar a ser un tejido vivo? ¿Qué procesos químicos transformaron las sustancias inertes en organismos vivos? ¿Pueden estos procesos iniciarse espontáneamente, o exigen una intervención sobrenatural? ¿Se puede, en forma convincente, atribuir la vida a una causa sobrenatural, a un Dador de la vida? Estas son preguntas fundamentales que requieren respuestas fidedignas.

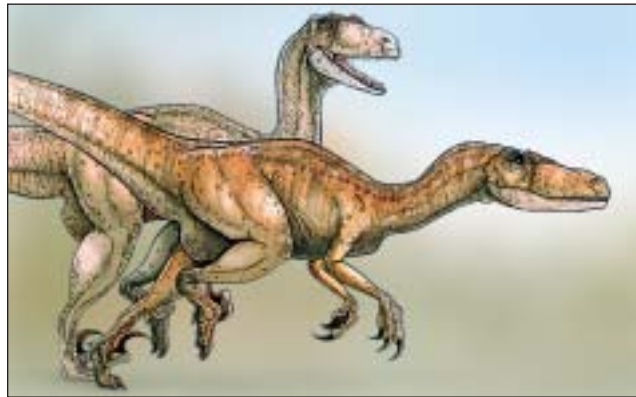
Estas preguntas son particularmente molestas para quienes aceptan la explicación que los ateos y evolucionistas dan acerca de la vida. Aun el mismo Richard Dawkins, evolucionista intransigente, acepta que “la esencia de la vida es una improbabilidad matemática descomunal. Por lo tanto, cualquiera que sea la explicación para la vida, no puede ser la casualidad. La verdadera explicación para la existencia de la vida tiene que abarcar la antítesis misma de la casualidad” (*The Blind Watchmaker* [“El relojero ciego”], 1986, p. 317).

La ciencia no puede aducir ninguna prueba convincente sobre la teoría de la evolución. A pesar de los decididos intentos que por años se han estado realizando, no existe ninguna prueba sólida sobre la generación espontánea de vida. La teoría de la evolución continúa siendo exactamente eso: ¡una teoría *sin pruebas!*

El hecho es que no existe ninguna prueba científica de que la vida haya provenido de la materia inerte. Los intentos por mostrar que la vida puede generarse espontáneamente, han demostrado todo lo contrario. A pesar de los grandes titulares de la prensa, cuando los científicos han tratado de crear las condiciones más favorables en controlados experimentos de laboratorio, no han logrado avanzar nada. Lo único que

han logrado es confirmar las astronómicas posibilidades en contra de que la vida pueda surgir espontáneamente. Nunca ha surgido y nunca surgirá, porque la vida tiene que provenir de vida preexistente.

Después de la pregunta acerca del origen del universo mismo, esta es la siguiente pregunta esencial que debemos enfrentar: ¿Cómo empezó la vida? Una vez que esta-



¿Es verdad que la vida se desarrolló progresivamente? Los fósiles ¿apoyan o desmienten el dogma darvinista?

mos convencidos de que el universo tuvo un Creador, debe resultarnos obvio que la vida también fue creada. Sin embargo, los evolucionistas persisten en su teoría de que la vida se originó en un accidente fortuito y evolucionó por medio de procesos puramente físicos de mutación y selección natural, sin la intervención de un Creador y Diseñador inteligente. La supuesta progresión de formas de vida sencillas que evolucionaron a lo largo de miles de millones de años para convertirse en formas de vida complejas, pasa por alto la pregunta esencial: ¿Cómo pudo surgir la vida de donde no había vida?

La teoría de la sopa prebiótica

Algunos han intentado demostrar cómo empezó la vida al describir un pasado remoto e hipotético. La escena transcurre en la Tierra recientemente formada que estaba enfriándose lentamente, con una atmósfera de gases simples como el hidrógeno, nitrógeno, amoníaco y bióxido de carbono, con poco o nada de oxígeno.

Ellos dicen que esta clase de atmósfera estuvo sujeta a ciertas formas de energía, tales como descargas eléctricas de relámpagos, y esto provocó una reacción que produjo aminoácidos básicos. Suponen que algunos compuestos fueron acumulándose hasta que los primeros océanos llegaron a la consistencia de una sopa caliente. Luego se efectuó una reacción y se produjeron los aminoácidos elementales, los componentes de las proteínas. Con el tiempo, se formaron cadenas de ADN (ácido desoxirribonucleico) y finalmente células. De alguna manera, la vida surgió de esta sopa prebiótica.

Algunos investigadores han obtenido una variedad de aminoácidos y otros compuestos al enviar una chispa a través de una mezcla de gases. No obstante, por mucho que han tratado, no han podido crear vida; ni siquiera remotamente han demostrado que la vida pueda surgir de sus-

tancias químicas, ni aun de las correctas, mezclándolas por un tiempo indeterminado bajo condiciones predeterminadas.

La inteligencia del hombre con su avanzada tecnología sólo ha podido producir un puñado de los constituyentes orgánicos necesarios para la vida. Nunca ha podido crear un organismo, mucho menos un organismo vivo. Aun la clonación, un notable logro que aparece frecuentemente en las noticias, utiliza vida ya existente. Ninguna forma de vida —ni siquiera una célula viva, mucho menos algo tan infinitamente complejo como una bacteria— ha sido alguna vez creada por un experimento humano.

El razonamiento científico está todo al revés. Los científicos saben que existe la vida, pero suponen que no hubo un Creador o Diseñador inteligente. Entonces han tratado de crear la situación más probable, según lo que ellos piensan, bajo la cual la vida pudo haber surgido espontáneamente. Hasta ahora sólo han podido convertir materia inerte, sin vida, en otra materia inerte, sin vida.

Eso no ha impedido que muchos científicos concluyan que la vida surgió espontáneamente de una sopa prebiótica. Pero ellos aún no han podido —ni pueden— producir materia viva de materia muerta.

¿Vida proveniente del espacio?

No todos los científicos se sienten cómodos basando el origen de la vida en simples suposiciones. Muchos de ellos se sienten molestos con la teoría de la sopa prebiótica como el origen de la vida. Algunos reconocen que no es más que pura fantasía.

Francis Crick, biofísico que ganó el Premio Nobel por su labor ayudando a definir la estructura molecular del ADN, es un destacado científico que rechaza esta posibilidad. Él escribió: “Un hombre honrado, basándose en el conocimiento que ahora tenemos disponible, sólo podría decir que, en algún sentido, el origen de la vida parece ser casi un milagro, debido al gran número de condiciones que hubieran tenido que cumplirse para crearla” (*Life Itself: Its Origin and Nature* [“La vida misma: Su origen y naturaleza”], 1981, p. 88).

Aceptando que las probabilidades de que la vida surgiera por pura casualidad son una absoluta imposibilidad, él y otros distinguidos científicos han adoptado una creencia en la *panspermia*: que la vida no pudo haber surgido espontáneamente en la Tierra, pero brotó cuando algunos microorganismos o esporas llegaron aquí procedentes de algún lugar en el universo.

Sir Fred Hoyle, renombrado astrofísico inglés, y su colega Chandra Wickramasinghe, profesor de matemáticas aplicadas y astronomía en Cardiff, Gales, calcularon las posibilidades de que todas las proteínas necesarias para la vida se formaran por casualidad en cierto lugar, como los científicos suponen que sucedió en nuestro planeta. Ellos expusieron que las posibilidades eran una en $10^{40.000}$, es decir, el número 1 seguido por cuarenta mil ceros (suficientes para llenar aproximadamente siete páginas de esta publicación).

Para poner esta cifra en perspectiva, hay sólo cerca de 10^{80} partículas subatómicas en todo el universo visible. Los matemáticos creen que una probabilidad de menos de 1 en 10^{50} es completamente imposible. Ellos llegaron a la conclusión de que la posibilidad de que la vida surgiera conforme al cuadro científico tradicional es “una posibilidad exorbitantemente pequeña, que no podría presentarse aunque todo el universo consistiera de una sopa orgánica”

(*Evolution From Space* [“Evolución desde el espacio”], 1981, p. 24).

La conclusión del profesor Hoyle es que “la vida no podía haberse originado aquí en la Tierra. Tampoco parece que pueda explicarse la evolución biológica desde el punto de vista de que la vida está limitada al ámbito terrestre . . . Todo esto puede ser confirmado por medios estrictamente científicos, por experimentos, observación y cálculos” (*The Intelligent Universe* [“El universo inteligente”], 1983, p. 242).

Los profesores Hoyle y Wickramasinghe, al igual que Francis Crick, confiesan que la explicación científica tradicional del origen de la vida en nuestro planeta es sencillamente una imposibilidad. Pero no queriendo reconocer que existe un Creador y Dador de la vida, ellos también recurrieron a la panspermia como la explicación más aceptable del origen de la vida en la Tierra. Desde luego, el concepto de la

“¿Por qué, si las especies han descendido de otras especies por medio de gradaciones minúsculas, no vemos por doquier innumerables formas de transición?” — Carlos Darwin

panspermia no explica cómo surgió la vida; solamente traslada el espinoso asunto del origen de la vida a algún otro rincón lejano del universo.

El hecho de que estos reconocidos y respetados científicos adopten tales hipótesis casi inimaginables, pone de manifiesto la imposibilidad de que los miles de complicados factores que son necesarios para la vida surgieran por azar, como lo plantea el concepto tradicional de la evolución.

El origen de las nuevas especies

Si la ciencia no puede explicar cómo se originó la vida, ¿puede explicar cómo se originaron las nuevas formas de vida?

Carlos Darwin sencillamente hizo a un lado el asunto del origen de la vida adoptando la actitud de que “es una simple tontería pensar ahora en el origen de la vida; es [tan absurdo] como si uno tratara de averiguar el origen de la materia” (*Encyclopædia Britannica*, decimoquinta edición, 10:900). Se habla mucho de que la teoría de la evolución es un hecho, pero un hecho basado en dos suposiciones anteriores: que el universo surgió de la nada y que la vida se generó espontáneamente de sustancias químicas sin vida. Al suponer que estas dos premisas son verdad, los evolucionistas entonces presentan el argumento de que unas formas de vida complicadas se desarrolla-

ron a partir de las células que brotaron a la vida en la sopa prebiótica.

Es aquí donde entra Carlos Darwin. Él dio vida al concepto de la evolución al proponer que las especies se transforman a sí mismas continuamente, con cambios minúsculos, por medio de la selección natural. Dijo que estas pequeñas variaciones aparecieron por casualidad y se esparcieron por casualidad. Finalmente, estos pequeños cambios influyeron en la reproducción, y entonces la selección natural pudo pasar las nuevas características a los descendientes.

Existen varios errores fatales en este concepto. Si aceptamos la noción de “la supervivencia del más apto”, lo cual es un postulado de la evolución, tuvo que haber presión para que estas mejores características se desarrollaran. Si cierto cambio (por ejemplo, una pierna para ayudar a una criatura a moverse mejor sobre la tierra o un ala para evitar que se rompiera el cuello en

una caída) fuera necesario para la supervivencia, entonces tendría que desarrollarse casi instantáneamente o el cambio no podría beneficiar en nada a la criatura que lo necesitara. Una pierna a medio desarrollo en un anfibio o una media ala en un dinosaurio ¡los pondría en gran desventaja en la lucha por la supervivencia!

El desafío más grande para Darwin

La descripción de los fósiles que encontramos en muchos libros de texto presenta las variadas formas de vida que han existido en nuestro planeta, muchas de las cuales se han extinguido.

La interpretación común de los fósiles es en gran parte simplemente un artificio que se utiliza para apoyar la teoría darwiniana de que la vida progresó por casualidad de formas sencillas a formas complicadas sin la intervención de una fuerza sobrenatural. Podemos encontrar gráficas y dibujos en casi todos los libros de biología en los que se describe una transformación gradual de una especie a la otra: de peces a anfibios, de anfibios a reptiles, de reptiles a mamíferos, etc.

Tales ilustraciones presentan una progresión constante de fósiles sencillos a fósiles complicados en la corteza terrestre. Pero esa supuesta progresión no es constante en la geología real. El desacuerdo entre los



¿Puede la teoría darwiniana explicar la existencia de la asombrosa variedad de vida que hay en nuestro planeta? Y si

Darwin tenía razón, ¿por qué no abundan también entre los fósiles las especies intermedias de transición?

dibujos y lo que de hecho se encuentra en la corteza terrestre rara vez se señala en los libros de texto o en artículos acerca de la evolución. Los evolucionistas están tan convencidos de que toda vida se desarrolló de las formas más simples hasta las criaturas complicadas, que suelen descartar las pruebas que contradicen sus teorías.

Si la evolución fuera la verdadera razón de la inmensa variedad de vida que hay en la tierra, de seguro encontraríamos abundantes pruebas de las innumerables especies intermedias que tendrían que haber existido. El mismo Carlos Darwin tuvo que enfrentarse al hecho de que los fósiles no apoyaban sus afirmaciones. Él preguntó: “. . . ¿Por qué, si las especies han descendido de otras especies por medio de gradaciones minúsculas, no vemos por doquier innumerables formas de transición? . . . ¿Por qué no las encontramos en abundancia, empotradas en la corteza terrestre?” (*The Origin of Species* [“El origen de las especies”], pp. 136-137).

Darwin escribió: “El número de variedades intermedias, que existieron en el pasado, [debió] ser verdaderamente inmenso. ¿Por qué entonces cada formación geológica y cada capa terrestre no está llena de tales eslabones intermedios? Ciertamente la geología no revela tal gradación minúscula en la cadena orgánica; y esto, quizá, es la objeción más obvia e importante que puede ser alegada en contra de la teoría [de la evolución]. La explicación de esto, a mi parecer, radica en la extremada imperfección de los datos geológicos” (*ibidem*, pp. 260-261).

Él estaba convencido de que en las exploraciones y descubrimientos posteriores se resolverían las muchas dificultades que había en su teoría debido a la falta de especies intermedias. Pero ahora, un siglo y medio después, con muy pocas partes del

globo terráqueo sin explorar, ¿qué es lo que nos muestran los fósiles?

El testimonio de los fósiles

Niles Eldredge, conservador de la sección de invertebrados en el Museo Norteamericano de Historia Natural y profesor universitario en la ciudad de Nueva York, es un enérgico partidario de la evolución. Sin embargo, confiesa que los fósiles no apoyan la perspectiva evolucionista: “No es de sorprenderse que los paleontólogos se hayan mantenido alejados de la evolución por tanto tiempo. Parece que nunca sucede. Lo que revela el asiduo análisis [de los fósiles] son . . . unas variaciones menores, y la muy eventual y ligera acumulación de cambio, a lo largo de millones de años. Este es un ritmo demasiado lento para que realmente haya dado lugar al cambio prodigioso que ha ocurrido en la historia de la evolución.

”Cuando vemos la introducción de alguna novedad evolutiva, por lo general se muestra como una explosión, ¡y frecuentemente sin ninguna prueba de que los organismos no evolucionaron en algún otro lugar! La evolución no puede continuar por siempre en algún otro lugar. Sin embargo, así es cómo las pruebas de los fósiles les han parecido a muchos desesperados paleontólogos que tratan de aprender algo sobre la evolución” (*Reinventing Darwin: The Great Debate at the High Table of Evolutionary Theory* [“Darwin reinventado: La gran discusión en la mesa alta de la teoría de la evolución”], 1995, p. 95).

En tiempos recientes, quizá el escritor más conocido en asuntos de evolución ha sido Stephen Jay Gould, ya fallecido paleontólogo de la Universidad de Harvard. Él fue un vehemente evolucionista que colaboró con el profesor Eldredge para formular alternativas al punto de vista tradicional del darwinismo. Reconoció, al igual

que Eldredge, que el testimonio de los fósiles contradice el concepto darwiniano del desarrollo gradual. Gould escribió: “En la historia de la mayoría de las especies fosilizadas hay dos características que particularmente no concuerdan con el progreso gradual: [1] *Estasis*. La mayoría de las especies no mostraron ningún cambio direccional durante el tiempo que existieron. Aparecen en el registro de fósiles con la misma apariencia que cuando desaparecen; el cambio morfológico por lo general es limitado y sin dirección.

”[2] *Aparición repentina*. Nunca aparece ninguna especie en un lugar gradualmente, por la constante transformación de sus antepasados: aparece súbitamente y ‘completamente formada’” (“Evolution’s Erratic Pace”, *Natural History* [“El ritmo errático de la evolución”, revista “Historia natural”], mayo de 1977, pp. 13-14).

La carencia inoportuna de fósiles

Francis Hitching, miembro del Instituto Real de Arqueología, de la Sociedad de Prehistoria y de la Sociedad para la Investigación de la Física, también ve dificultades evidentes al recurrir a los fósiles para tratar de comprobar las hipótesis del darwinismo.

Él escribió: “En los museos del mundo hay cerca de 250.000 especies distintas de plantas y animales fosilizados. Esto se compara con 1,5 millones de especies conocidas que están vivas actualmente en la Tierra. De acuerdo con los coeficientes conocidos de cambio evolutivo [es decir, el supuesto cambio según las teorías de la evolución], se ha calculado que el número de especies fosilizadas que han vivido es cuando menos 100 veces mayor que el número de las que han sido descubiertas . . . Pero lo curioso del asunto es que hay una constancia en las ausencias de fósiles: los fósiles no se encuentran en ninguno de los lugares importantes.

”Cuando uno busca los eslabones entre los principales grupos de animales, sencillamente no están allí; cuando menos, no en un número suficiente para eliminar las dudas con respecto a su identificación como tales. O no existen o son tan raros que siempre se está discutiendo acerca de si determinado fósil es, o no es, o podría ser, la transición entre este grupo y aquél.

”... Debiera haber armarios llenos de [fósiles de especies] intermedias; ciertamente, uno esperaría que [la transformación de] los fósiles [sería] tan gradual que sería difícil señalar dónde terminaron los invertebrados y empezaron los vertebrados. Pero no es así. En lugar de eso, conjuntos de peces bien definidos, fáciles de clasificar, aparecen dentro del registro de fósiles aparentemente de la nada: misteriosa y repentinamente, totalmente formados, y en la forma más contraria al darwinismo. Y antes de [estas especies], donde debieran estar sus ancestros, están exasperantes e ilógicos vacíos” (*The Neck of the Giraffe: Darwin, Evolution and the New Biology* [“El cuello de la jirafa: Darwin, la evolución y la nueva biología”], 1982, pp. 9-10).

El secreto de la paleontología

¿Qué quiere decir todo esto? La pura verdad es que si la evolución significa el cambio progresivo de una clase de organismo a otra, la característica sobresaliente del registro de los fósiles es la *ausencia de pruebas* que respalden este concepto y la abundancia de pruebas en su contra. La evolución es una teoría, y el único lugar lógico para encontrar pruebas de esa teoría es entre los fósiles. Pero en vez de mostrar un cambio progresivo, lento, a lo largo de los eones, ¡los fósiles muestran todo lo contrario!

El profesor Eldredge dejó muy en claro cuál era la magnitud del problema cuando reconoció que Darwin “fundamentalmente inventó un campo nuevo de investigación científica (lo que ahora se le llama ‘tafonomía’) para explicar por qué el registro de fósiles es tan deficiente, tan lleno de vacíos, que los patrones de cambio progresivo que se esperan sencillamente no aparecen” (Eldredge, *op. cit.*, pp. 95-96).

Igualmente, el profesor Gould reconoció que la “extrema rareza” de pruebas de la evolución en el registro de fósiles es “el secreto profesional de la paleontología”. Reconoce además que “los árboles evolucionistas que adornan nuestros libros de texto tienen información sólo en las puntas y los nudos de sus ramas; el resto, por razonable

que sea, es suposición, no lo que demuestran los fósiles” (Gould, *op. cit.*, p. 14).

Pero ¿acaso los paleontólogos revelan su “secreto profesional”? ¡En absoluto! “Al leer las introducciones a la evolución en escritos comunes y hasta en libros de texto... uno difícilmente podría adivinar que existen [los vacíos de fósiles], ya que la mayoría de los autores pasan por encima de ello con toda tranquilidad y confianza. A falta de pruebas fósiles, escriben lo que se ha dado en llamar ‘cuentos idealistas’. Afortunadamente, una mutación oportuna ocurre en un momento crítico y, como por arte de birlibirloque, una nueva etapa de la evolución se alcanzó” (Hitching, *op. cit.*, pp. 12-13).

Phillip Johnson, profesor de derecho en la Universidad de California, analiza las pruebas en favor y en contra de la evolución de la misma manera en que analizaría las

Si la evolución significa el cambio progresivo de una clase de organismo a otra, la característica sobresaliente del registro de los fósiles es la ausencia de pruebas que respalden este concepto y la abundancia de pruebas en su contra.

pruebas en un proceso legal. Con respecto a la representación falsa de esas pruebas, escribe: “Casi todos los que recibieron un curso universitario de biología en los últimos 60 años fueron llevados a creer que el registro de fósiles era un baluarte que defendía la clásica tesis darwiniana, no una prueba en contra que tenía que ser justificada... El testimonio de los fósiles presenta un modelo constante de repentinas apariciones seguidas por una estasis, [y muestra] que la historia de la vida es más bien un relato de variaciones alrededor de un conjunto de diseños básicos que uno acerca de un progreso acumulativo, que la extinción ha sido causada principalmente por catástrofes más que por una atrofia progresiva, y que la interpretación tradicional de los fósiles con frecuencia se debe más a las ideas preconcebidas del darwinismo que a los hechos mismos. Al parecer, los paleontólogos han pensado que su deber es protegernos a todos nosotros de las conclusiones erróneas que podríamos haber sacado si hubiéramos conocido la realidad de los hechos” (*Darwin on Trial* [“El juicio de Darwin”], 1993, pp. 58-59).

El secreto que los evolucionistas no quieren revelar es que, según sus propias interpretaciones, el registro de los fósiles muestra la aparición de especies completamente formadas que existen por un tiempo y luego desaparecen. Otras especies apare-

cieron en otros tiempos, y luego ellas también desaparecieron con poco o ningún cambio. El testimonio de los fósiles sencillamente no respalda la teoría fundamental del darwinismo, la cual afirma que las especies cambiaron lenta y progresivamente de una forma a otra.

¿Similitudes o diferencias?

Las artimañas y el lenguaje engañoso de la evolución giran en gran parte alrededor de la clasificación de las especies. Los darwinistas pretenden explicar las relaciones naturales que ellos observan entre las plantas y entre los animales, clasificando la vida animal y vegetal de acuerdo con las similitudes físicas. Se podría decir que la teoría de Darwin no es otra cosa que una observación docta de lo que es obvio: es decir, que la mayoría de los animales parecen estar inte-

rrrelacionados, porque la mayoría de ellos tienen una o más características en común.

Por ejemplo, uno puede reunir ballenas, pingüinos y tiburones en un grupo de animales acuáticos. También podemos reunir aves, murciélagos y abejas como criaturas que vuelan. Estas no son las clasificaciones finales porque existen muchas otras diferencias obvias. No obstante, la meta del darwinismo es utilizar las obvias características similares para mostrar, no que los animales se parecen en muchos aspectos, sino que están *relacionados entre sí* por medio de ancestros en común.

El profesor Johnson lo explica de esta manera: “Darwin ofreció una explicación naturalista de las características fundamentales del mundo viviente con una lógica tan seductora que cautivó al mundo científico, aun cuando quedarán dudas acerca de algunas partes importantes de su teoría. Él teorizó que los grupos discontinuos del mundo viviente eran los descendientes de ancestros en común, extintos desde hacía mucho tiempo. Grupos relativamente cercanos (como reptiles, aves y mamíferos) compartían un ancestro en común relativamente reciente; todos los vertebrados compartían un ancestro en común más antiguo; y todos los animales compartían un ancestro en común más antiguo aún. Luego sugirió que los ancestros debían haber estado ligados a sus

descendientes por medio de largas cadenas de especies intermedias en transición, extintas también” (*ibidem*, p. 64).

Los evolucionistas optan por hacer hincapié en las similitudes en lugar de señalar las diferencias. Al hacer esto, alejan a la gente de la verdad del asunto: que las similitudes son la prueba de que hay un *Diseñador único* detrás de la configuración y funcionamiento de las diferentes formas de vida. Cada una de las especies de animales fue creada y diseñada para existir y funcionar de cierta manera. Darwin y los subsiguientes promotores de sus teorías se concentran en las similitudes que existen en las categorías más importantes de animales y suponen que esas similitudes demuestran que todos los animales están relacionados entre sí por medio de ancestros en común.

Sin embargo, existen grandes diferencias en las formas de vida en nuestro planeta. Si, como suponen los evolucionistas, todas las formas de vida tienen ancestros en común y unas cadenas de criaturas intermedias los ligan a esos ancestros, entre los fósiles debería existir una *superabundancia* de tales formas intermedias. Pero como ya lo he-

mos visto, los mismos paleontólogos confiesan que tal cosa no existe.

La epopeya bíblica de la creación

La existencia de la vida exige que haya un dador de la vida. Al hecho de que la vida sólo puede provenir de la vida le llamamos la ley de la biogénesis. Según la teoría de la evolución, nosotros y nuestro mundo somos resultado del azar, de la casualidad, la culminación de una serie de accidentes fortuitos. Pero la Biblia nos presenta un cuadro muy distinto: Un Dador de la vida la creó en una forma y con un propósito que no tiene nada en común con el concepto de los evolucionistas. ¿Quién es, pues, el Dador de la vida y con qué propósito la creó?

En lo que se refiere a estos interrogantes fundamentales, en esta publicación reconocemos muy especialmente la validez de la revelación bíblica. La dificultad no está en que los científicos no puedan descubrir la verdad. La dificultad estriba en que la gran mayoría de ellos sencillamente no están dispuestos a reconocer que la Biblia es el fundamento seguro para el conocimiento humano esencial y una fuente fidedigna

de respuestas para las incógnitas tremendamente importantes de la vida.

Empecemos en el comienzo del Génesis. En el capítulo 1 brevemente se describe la creación de los cielos y la tierra, junto con la aparición de la luz y la parte seca. En seguida se habla acerca de la creación de la vida biológica. Desde el principio, los seres vivientes fueron divididos en grupos generales, cada uno según su género, con la facultad de reproducirse sólo dentro de su propio grupo.

Aquí vemos un hecho científico reconocido: Los animales se reproducen sólo dentro de su propia especie o género. De hecho, la capacidad que tienen los animales para cruzarse es la base para definir las especies. La Biblia declara que todas las especies principales fueron creadas; no evolucionaron unas de otras.

Dios ciertamente dotó de una amplia facultad genética a los géneros tal como se definen en la Biblia; esto se puede ver al mirar los tamaños, formas, colores y otras características de los perros, gatos, ganado, aves y aun de nosotros los seres humanos. Por siglos, los hombres han aprovechado la

El silencio ensordecedor de los científicos

Mientras más profundamente exploran los científicos los misterios del universo, más pruebas encuentran de la existencia de Dios. Sin embargo, con mucha frecuencia guardan silencio con respecto a sus descubrimientos.

Un ejemplo de esto son los recientes descubrimientos acerca de la célula, la base de la vida. El Dr. Michael Behe, profesor de bioquímica, después de examinar los resultados de mucha investigación molecular, decidió hacer públicas las grandes implicaciones que para él tenía todo esto. Su libro, *Darwin's Black Box: The Biochemical Challenge to Evolution* [“La caja negra de Darwin: El desafío bioquímico a la evolución”], contiene mucha información científica concreta, escrita en lenguaje claro, que establece su pasmosa conclusión. He aquí algunos de sus comentarios:

“En cierto modo, algunos científicos... son propensos a hacerse ilusiones... Por ejemplo, hace siglos se pensaba que los insectos y otros animales pequeños provenían directamente de alimentos en descomposición. Esto era fácil de creer porque se pensaba que los animales pequeños eran muy sencillos (antes de la invención del microscopio, los naturalistas pensaban que los insectos no tenían órganos internos).

“Pero a medida que fue avanzando la biología y que cuidadosos experimentos demostraron que la comida protegida no producía vida, la teoría de la generación espontánea fue relegada como algo que estaba más allá de los límites en los que la ciencia podía determinar lo que estaba sucediendo realmente. En el siglo 19 eso significó la célula. Cuando se dejaba cerveza,

leche u orina en frascos por varios días, aun en frascos cerrados, siempre se tornaban turbias debido a algo que crecía en ellas.

“Los microscopios de los siglos 18 y 19 mostraron que lo que crecía eran células muy pequeñas que parecían estar vivas. Así que pareció razonable que sencillos organismos vivos pudieran formarse espontáneamente de los líquidos.

“La clave para convencer a la gente fue presentar a las células como ‘sencillas’. En la segunda mitad del siglo 19, uno de los principales promotores de la teoría de la generación espontánea fue Ernst Haeckel, gran admirador de Darwin y apasionado propagador de la teoría de éste.

“Partiendo de la limitada visión que los microscopios proveían de las células, Haeckel creyó que la célula era un ‘sencillo terrón de una combinación albuminada de carbón’, no muy distinto de una partícula microscópica de gelatina. A Haeckel le pareció que esa sencilla forma



diversidad genética de las especies para cruzar animales que producen más carne, leche o lana, y cepas de trigo, maíz y arroz que rinden más alimento. Pero la facultad genética para esas variedades fue creada dentro de la especie o género original que se menciona en el Génesis.

“Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla [la facultad de reproducirse] esté en él, sobre la tierra. Y fue así” (Génesis 1:11). La Biblia nos muestra claramente que Dios es el Creador de la vida. Él puso en marcha el proceso por medio del cual la vida produce más vida.

En el versículo 21 leemos: “Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie”. En el versículo 24 Dios dijo: “Produzca la tierra seres vivientes según su género . . .” Luego en los versículos 26-27 se nos habla del origen de la vida humana.

Aquí debemos prestar atención especial a la creación del primer ser humano: “En-

tonces el Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra [de materia inerte], y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). Vemos, pues, que la explicación bíblica es que la vida humana provino directamente de Dios. El Génesis hace patente el hecho de que Dios es la fuente de toda vida.

La vida que proviene de Dios

En la Biblia se nos revela mucho más acerca del Dador de la vida. Se nos asegura que Dios es “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver . . .” (1 Timoteo 6:16). Jesús nos dice: “Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:26).

También en el Génesis se corrobora la ley de la biogénesis: La vida sólo puede provenir de algo ya viviente, no de materia inerte. Dios, quien tiene vida eterna en sí mismo, es el Dador original de la vida. En la Biblia se nos revela también que Dios siempre ha existido. Él “habita la eternidad” (Isaías 57:15). Humanamente es muy

difícil captar este concepto, pues para nosotros es natural que todo tenga un principio y un final. Pero existen cosas que están más allá de nuestro entendimiento, y aquí es donde Dios quiere que confiemos en su Palabra, que aceptemos lo que él nos revela y que meditemos en lo increíblemente limitados que somos en comparación con él (Isaías 40:25-26, 28; 46:9-10; 55:8-9).

En las Escrituras leemos: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). En otras palabras, la materia, cuya existencia se da por sentada en la teoría de la evolución, sencillamente no existía. Dios no nos explica cómo creó los cielos y la tierra, sólo nos dice que lo hizo. Nos da amplias pruebas en otros aspectos de que su Palabra, la Biblia, es verdad, y quiere que creamos lo que nos dice.

La esperanza de la vida eterna

Únicamente Dios, quien posee vida eterna, puede crear nuevas formas de vida, ya sean físicas o espirituales. Él es la única fuente de vida.

de vida, sin órganos internos, podía ser producida de materia inerte. Desde luego, ahora sabemos que no es así” (pp. 23-24).

¿Cuán intrincada es la célula? Richard Dawkins, evolucionista y profesor de zoología, hace notar que el núcleo de la célula contiene una base de datos codificada que, en cuanto a la información que contiene, es mayor que la información contenida en una enciclopedia de 30 tomos. Y esta cifra es por cada célula . . . El número total de células en el cuerpo (de un ser humano) es de cerca de 10 billones” (*The Blind Watchmaker* [“El relojero ciego”], pp. 17-18, énfasis en el original).

Más adelante en su libro, el Dr. Behe habla de la complejidad que los científicos han descubierto: “En los últimos cuatro decenios la bioquímica moderna ha descubierto los secretos de la célula. El progreso ha sido difícil de lograr. Ha sido necesario que un incontable número de personas haya dedicado lo mejor de sus vidas al tedioso trabajo de laboratorio . . .

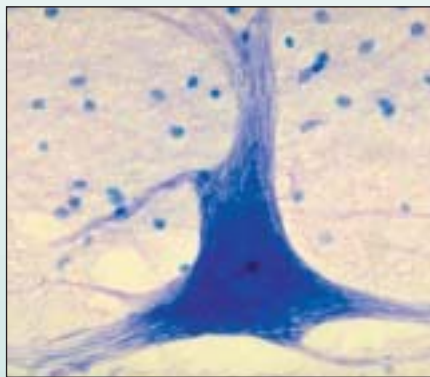
“El resultado de todos estos esfuerzos para explorar la célula —explorar la vida en el ámbito molecular— es un grito fuerte, rotundo y penetrante de ‘¡diseño!’ El resultado es tan diáfano y significativo que debe ser catalogado como uno de los logros más grandes en la historia de la ciencia. Este descubrimiento es tan importante como los de Newton, Einstein, Lavoisier, Schrödinger, Pasteur y Darwin. La observación del diseño inteligente de la vida es tan importante como la observación de que la Tierra gira alrededor del Sol, de que las enfermedades son causadas por bacterias o de que la radiación es emitida en cuantos [unidades cuánticas].

“Era de esperarse que la magnitud de la victoria, ganada a tan alto costo por medio del esfuerzo continuo a lo largo de décadas, hubiera sido celebrado descorchando botellas de champaña en laboratorios por todo el mundo. Este triunfo de la ciencia debiera haber provocado exclamaciones de ‘jeureka!’ provenientes de miles de gargantas, grandes aplausos y quizá hasta una excusa para tomarse el día.

“Pero no se descorcharon botellas, tampoco hubo aplausos. En lugar de eso, un extraño y embarazoso silencio rodea la innegable complejidad de la célula. Cuando se toca el tema en público, empiezan los rodeos y la respiración se hace un poco difícil. La gente se siente un poco más cómoda en privado; muchos reconocen explícitamente lo obvio, pero se quedan mirando al suelo, mueven la cabeza, y ahí dejan el asunto.

“¿Por qué la comunidad científica no declara con orgullo su asombroso descubrimiento? ¿Por qué se trata con guantes intelectuales la observación del diseño? El conflicto es que mientras un lado del elefante es llamado diseño inteligente, el otro lado podría llamarse Dios” (Behe, *op. cit.*, pp. 232-233, énfasis en el original).

Estos descubrimientos manifiestan claramente que la forma más “sencilla” de vida es tan intrincada, compleja y maravillosa en su diseño y en su funcionamiento, que aun la posibilidad de que pudiera llegar a existir por accidente es inconcebible. ¡Son abrumadoras las pruebas de un Diseñador inteligente! □



La ciencia ha hecho grandes adelantos en la investigación de los procesos vitales. El estudio de las células, como esta célula nerviosa, ha revelado una asombrosa complejidad, prueba inequívoca de diseño y del Diseñador.

Para Dios, lo que tiene más importancia que su creación de la vida biológica es el hecho de que está creando nuevos seres espirituales; está imbuyendo de vida espiritual a todos aquellos hombres y mujeres a quienes ha estado llamando y escogiendo para que sean sus siervos. El apóstol Juan escribió que “el que tiene al Hijo, tiene la vida [eterna]; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida [eterna]” (1 Juan 5:12).

El apóstol Pablo le recordó a uno de sus colaboradores más cercanos y apreciados que Jesucristo “quitó la muerte y sacó a luz

la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Los humanos, quienes tenemos vida física por unos 70 u 80 años en promedio (Salmos 90:10), tenemos la oportunidad de vivir para siempre. A otro de sus discípulos Pablo le recordó que los fieles seguidores de Cristo cuentan con “la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos”, ya que al ser justificados por el sacrificio de su Hijo venimos a ser “herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 1:2; 3:7).

Como leemos en los dos primeros capítulos del Génesis, el Dador de la vida primero le dio vida física al hombre. Lo mismo que los animales, el hombre también muere (Hebreos 9:27). Pero a diferencia de los animales, el hombre fue creado con la capacidad de recibir la vida eterna. Cuando entendemos que Dios es el Dador de la vida y que creó al hombre con un propósito especial: con el potencial de recibir la inmortalidad, la vida cobra un significado mucho más grande que la vacuidad inherente a la fe evolucionista.



El propósito de la vida

¿Tiene algún significado la vida sin Dios? ¿Existe un propósito para el planeta Tierra y los que moramos en él? Si así es, ¿cuál es el propósito?

En el libro *A Brief History of Time* (“Breve historia del tiempo”), el autor Stephen Hawking explica su punto de vista acerca de la naturaleza del universo; luego dice: “Si encontramos la respuesta a eso [la pregunta sobre por qué existimos nosotros y por qué existe el universo], será el triunfo máximo del razonamiento humano, porque entonces conoceremos la mente de Dios” (p. 175).

La respuesta a esa pregunta no podrá venir nunca de la inteligencia o razonamiento humanos, sino sólo del único Ser que trasciende nuestro universo físico. Si no se tiene en cuenta a Dios, no se puede conocer el propósito que tiene para el hombre y el universo.

Desde los albores de la historia humana, el significado de la vida ha sido una gran incógnita. Es parte de nuestra naturaleza hacer preguntas como: “¿Por qué estoy aquí?” y “¿Cuál es el propósito de la vida?”

Dios creó al hombre con un propósito, pero son muy pocos los que lo conocen. Conocer y creer realmente ese trascendental propósito puede llenar nuestra vida de gran significado. Pero sólo podremos en-

tender nuestro propósito en la vida si buscamos las respuestas en aquel que la creó.

¿Propósito sin Dios?

Consideremos primero el significado de la vida como si la evolución fuera verdad y no hubiera un Dios creador que haya tenido y tenga algo que ver con la humanidad.

Si no hubiera Dios, no habría posibilidad alguna de vida después de la muerte y

mento de la muerte. Todos los logros, todos los sacrificios, todas las cosas buenas y maravillosas que hicieran tanto mujeres como hombres, finalmente vendrían a ser esfuerzos inútiles en un universo finito encaminado hacia su propia ruina.

Carl Sagan, fallecido astrónomo y escritor, no creía en Dios. Cuando su esposa murió después de 20 años de matrimonio, él creyó que nunca la volvería a ver. Al sentir que se aproximaba su propia

muerte, manifestó el típico anhelo humano mezclado con la vacuidad inherente al ateísmo: “Me gustaría creer que cuando muera viviré nuevamente, que alguna parte de mis pensamientos, sentimientos y recuerdos habrá de continuar. Pero por mucho que quiera yo creer eso, y a pesar de las antiguas tradiciones culturales del mundo que aseguran que hay una vida futura, no conozco nada que indique que esto no es más que una ilusión” (“In the Valley of the Shadow” [“En el valle de la sombra”], revista *Parade*, 10 de marzo de 1996).

Cuando uno hace a un lado la perspectiva y esperanza de una vida futura, su vida queda sin valor ni propósito. ¿Qué diferencia habría finalmente en que viviéramos como una madre Teresa o un Adolfo Hitler? El destino de todos sería el mismo. Las buenas obras de la gente no afectarían de ninguna forma su destino o el



¿Es nuestra existencia tan sólo un momento pasajero en medio de una eterna vacuidad, sin sentido ni propósito alguno?

ciertamente tampoco sería posible la inmortalidad. La vida terminaría en el sepulcro. No habría ningún propósito trascendental que diera significado a nuestras vidas. Nuestra existencia no tendría más significado que la de cualquier animal o insecto que lucha por sobrevivir hasta el mo-

destino del universo. Esta es la desolada perspectiva de quienes basan sus creencias en el ateísmo, la evolución y el concepto de que esta vida es todo lo que hay.

En cambio, si Dios existe, nuestras vidas tienen un significado eterno porque nuestra esperanza no es la muerte sino la vida eterna (ver “¿Por qué nació usted?”, p. 22). Si Dios existe, entonces tenemos normas definidas sobre el bien y el mal que provienen de la naturaleza de Dios. Esto hace que nuestras decisiones morales en la vida sean profundamente significativas.

Hablando en general, hay tres filosofías que pretenden explicar el significado de la vida sin Dios y que niegan la posibilidad de vida después de nuestra existencia física. Éstas ejercen un tremendo efecto en el mundo y la forma en que la gente vive.

El nihilismo

La primera conclusión que emana del ateísmo es que ni la existencia humana, ni sus leyes e instituciones, tienen significado alguno. Esta es la filosofía nihilista: dado que Dios no existe, el universo y todo lo que hay en él carece de metas o finalidad. Somos sencillamente el producto de la materia, el tiempo y la casualidad. No hay vida después de nuestra existencia temporal. Somos los únicos amos de nuestra vida en este planeta, y lo que hagamos en nuestra corta duración está supeditado a nuestras propias fuerzas.

Esta perspectiva niega la existencia de principios absolutos. Niega la existencia de cualquier plan básico para la instauración de la ética, la moral o la verdad. Asegura que uno tiene plena libertad para adoptar el patrón de conducta que le guste, en lugar de someterse a un sistema absoluto de principios morales.

Las normas y decisiones de uno están determinadas por lo que le parezca bien, por lo que le cause satisfacción o placer personales. No proporciona ningún argumento razonable para vivir una vida moral. Uno puede optar por ajustarse a los principios morales de la sociedad si eso le resulta más conveniente, pero no le obliga a ser una persona moral si el serlo va en contra de sus intereses personales. En este sentido un ateo puede seguir ciertos principios morales, pero debemos entender que un ateo o existencialista no reconoce autoridad alguna para esos principios.

Esta filosofía nihilista dio origen a la declaración de que “Dios está muerto”. Esta frase tácitamente manifiesta que Dios y

sus leyes carecen de importancia y que no deben ser esgrimidos para presionar a la gente a que tenga verdaderos principios morales. Sugiere que uno puede hacer lo que le plazca.

Esta filosofía, que echó raíces en el decenio de 1960, llevó a toda una generación a hacer lo que bien le parecía. Dio cabida a una época de rebelión en contra de antiguos principios tradicionales. Hubo una explosión en la violencia, el libertinaje sexual y el uso de los estupefacientes. Las normas morales y el número de matrimonios y familias armoniosos decrecieron inmensamente.

Como resultado de este rechazo de las normas y principios bíblicos, sociedades completas se han corrompido. Ha habido millones de víctimas. Los conceptos tienen consecuencias, y las consecuencias de esta filosofía han sido horribles.

El humanismo

La siguiente filosofía es semejante. El humanismo también sostiene la idea de que el universo existe sin propósito alguno, que somos el resultado de un desarrollo ciego que carece totalmente de significado.

No obstante, el humanismo se distingue del nihilismo en que la vida puede tener un significado si nosotros le damos uno. La vida puede tener tanto significado como nosotros se lo demos. Vale la pena vivir la vida porque nosotros la hacemos valer y podemos disfrutarla. Sin embargo, como en el nihilismo, no se reconoce ningún principio extrínseco. Esta perspectiva sostiene que una persona puede tener principios morales porque crearlos y vivir de acuerdo con ellos le proporciona satisfacción personal.

Realmente no hay mucha diferencia entre el humanismo y el nihilismo. El enfoque humanístico reconoce que existen ciertos principios, pero los principios no son extrínsecos ni universales ni permanentes. Nadie está obligado a tener moral y no existen principios absolutos.

El humanismo carece de objeciones morales en contra de la conducta inmoral. Es decir, si no existen principios absolutos, uno no puede probar que algo es incorrec-



Las filosofías derivadas de la teoría de la evolución no pueden ofrecernos esperanza ni propósito en la vida. Pero cuando captamos la verdad del plan que Dios tiene con el hombre, nuestra vida cobra un significado grandioso y ennoblecedor.

to o que es malo. Por tanto, nadie está en situación de juzgar o condenar las decisiones o acciones de los demás.

El propósito inherente

Una tercera filosofía reconoce la existencia de principios extrínsecos, pero sostiene que existen independientemente de Dios; es decir, no dependen de él para su existencia.

Según esta perspectiva, el hombre tiene el suficiente discernimiento para estar consciente de los principios morales que existen. Pero una vez más, es el hombre quien descubre la moralidad y posee la facultad de vivir por los principios morales que él escoja. No necesita a Dios para que le diga cuáles son los verdaderos principios morales o cómo debe vivir. Por tanto, no hay necesidad de Dios. El significado de la vida no depende de la existencia de Dios ni de algo fuera de la vida física.

Estas tres filosofías tienen algo en común: No tienen en cuenta a Dios y no ofrecen ninguna esperanza de vida después de la muerte. De hecho, la premisa de las tres filosofías es que el hombre vino de la nada, que ha evolucionado hasta llegar a ser la forma más compleja de vida, y que está en condiciones de seguir los principios que más le convienen y determinar su propia conducta y su futuro.

Estas filosofías aseguran también que no hay vida después de la muerte, que todo lo

que hay es esta vida. De nuestro punto de vista depende que la vida tenga o no significado. El resultado es que todo lo que logramos es pasar nuestros genes y filosofías a nuestros descendientes con la esperanza de que ellos puedan llegar a ser seres superiores. Desde luego, todo se resume en que la evolución no ha terminado y que estamos en un proceso hacia un mayor desarrollo.

Lo más importante de la vida

¿Podemos tener un propósito verdadero y principios definitivos sin Dios? La gente puede desentrañar algún significado en la vida con estas filosofías, si es que su definición de significado es “un sentido de fe-

licidad temporal y de gozos momentáneos”. Desgraciadamente, son muchos los que creen que este es el significado de la vida. Pero estas filosofías o perspectivas en realidad no pueden contestar las preguntas relacionadas con el verdadero significado. Solamente si tenemos en cuenta a Dios podemos encontrar las respuestas claras, y esas respuestas no sólo le dan significado a esta vida ahora, sino que también satisfacen nuestro anhelo de tener un propósito que trascienda esta vida.

De todas las criaturas que existen, el hombre es el único ser en la creación que puede siquiera considerar el asunto del significado de la vida, adorar a Dios y ma-

nifestar una creencia en la vida después de la muerte. A diferencia de los animales, los humanos podemos intuir la eternidad y la inmortalidad.

¿Por qué somos diferentes? ¿No será que nuestra capacidad para imaginarnos el futuro, esperando vivir más allá de esta vida física, fue puesta dentro de nosotros por un Creador debido precisamente al propósito eterno que tiene con los seres humanos? Hace unos 3.000 años el rey Salomón, refiriéndose a su Creador, escribió: “Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos [los humanos], sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el

¿Por qué nació usted?

La perspectiva atea, darwiniana, sostiene que la vida evolucionó por casualidad, sin propósito o plan alguno. Sin embargo, en la Biblia se nos dice que Dios creó al hombre y el cosmos con un propósito asombroso e inspirador.

¿Cuál es ese propósito? El rey David se hizo la misma pregunta: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:4). A diferencia de todas las demás criaturas, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (Génesis 1:26) y le dio la facultad de desarrollar una relación con él. El hombre recibió la capacidad de entender y de vivir por las mismas leyes espirituales que Dios vive y que son parte de su carácter. El hombre podría ir creciendo y llegar a ser cada vez más como Dios por medio de esa relación con él.

La decisión que tomaron nuestros primeros padres, Adán y Eva, de seguir un camino de vida diferente del que Dios les ofrecía en esa relación personal con ellos, fue fatídica para el resto de la humanidad. Desde entonces hemos andado buscando a ciegas un significado que nos explique el por qué de nuestra existencia.

La verdad, tan asombrosa como inspiradora, es que Dios está creando su propia familia. Él es el Padre de esa familia. ¿Cómo les reveló Jesús a sus discípulos al Padre? Sencillamente como “Padre nuestro que estás en los cielos . . .” (Mateo 6:9). Él nos dice que debemos seguir los caminos de Dios “para que [seamos] hijos de [nuestro] Padre que está en los cielos” (Mateo 5:45).

A quienes decidamos seguir sus caminos, Dios nos invita a que tengamos una relación de padre-hijo con él y nos da su santo Espíritu a fin de que podamos llegar a ser sus hijos. El apóstol Pablo escribió: “No [hemos] recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que [hemos] recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, tam-

bién herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo . . .” (Romanos 8:15-17).

Después de esta vida, todos aquellos a quienes Dios haya dado su Espíritu —y que hayan permanecido fieles hasta el fin (Mateo 24:13)— recibirán la vida eterna por medio de una resurrección. En 1 Corintios 15:51-53 se nos dice que “no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”.

Por medio de la resurrección a la vida eterna, Dios nos transformará en seres inmortales para que seamos como Jesucristo glorificado. Entonces “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Dios está formando su propia familia. Dará la vida inmortal a seres humanos para que vivamos eternamente con él. Él desea compartir su existencia eterna con nosotros en una vida de amor hacia los demás. A fin de cuentas, Dios creó el universo por amor, y es por su amor que nos dio una parte en éste. La vida es el resultado del amor de Dios y su deseo de compartir ese amor por siempre con su familia de hijos inmortales.

Lo que Dios nos revela en la Biblia acerca de nuestro futuro es totalmente contrario a la sombría perspectiva de la vida que nos ofrecen el ateísmo y la evolución. Es una insensatez no tener en cuenta a Dios en nuestras vidas.

Una vida sin Dios —y sin su promesa de vida eterna— es una vida vacía y sin esperanza. En cambio, la vida con Dios es emocionante, productiva, feliz y, finalmente, gratificante más allá de todo lo que podamos imaginarnos. (Si desea estudiar más a fondo nuestro futuro tal como se nos revela en la Biblia, no vacile en solicitar dos folletos gratuitos: *Nuestro asombroso potencial humano* y *El evangelio del Reino de Dios*.) □



Según la evolución, el hombre no es más que una especie en una gran familia de animales. Según la Biblia, nuestro potencial es vivir eternamente como miembros de la familia de Dios.

principio hasta el fin” (Eclesiastés 3:11). Dios nos dio la facultad de hacer preguntas, pero no la capacidad para saber las respuestas, a menos que sinceramente lo busquemos y confiemos en él.

Si decidimos no creer que Dios hizo el universo, entonces tendremos que creer que toda esperanza en el futuro y el deseo de un significado que trascienda nuestra vida física, son vanos. Irónicamente, si fueran ciertos los principios bajo los cuales se supone que funciona la evolución, los humanos no tendríamos para qué cultivar esta faceta de nuestro intelecto, pero el hecho es que sí reflexionamos acerca de estas cosas.

Los humanos somos creación de Dios, y él tuvo sus razones para ponernos en este planeta. Nosotros no valemos por nosotros mismos, sino porque Dios nos creó a su imagen y semejanza. Es Dios quien le da valor a la vida humana.

El problema está en que, al no tener en cuenta a Dios, hemos buscado desesperadamente por todas partes tratando de encontrar nuestro propio valor. Hemos ideado psicologías que nos hacen sentir más importantes. Tácitamente, un sacerdocio de psicólogos nos dice que podemos salir de los problemas que nosotros mismos nos

hemos creado con tan sólo pensar que podemos hacerlo.

La mayor parte de la psicología fue formulada para adaptarse a una perspectiva atea de la creación. Rechaza el concepto de que nuestra valía proviene de un Creador que le dio un propósito al hombre antes de crearlo.

Los principios morales de Dios están incorporados en las leyes que le ha dado al hombre. Contrario a las tendencias predominantes de la psicología, la forma en que vivimos no debe ser determinada por cómo nos hacen *sentir* nuestros hechos. Dios dio sus leyes para nuestro bien. Cuando las obedecemos, no sólo nos traen felicidad y realización en esta vida, sino que nos dan una idea de lo que Dios es. En cierto sentido, la ley de Dios es lo que él es, pues sus leyes reflejan su carácter y naturaleza.

¿Privilegio inapreciable o sustituto barato?

De toda la creación, únicamente a nosotros nos ha dado Dios la capacidad de decidir si hemos de vivir por sus leyes o por los principios y reglas que establezcamos según nuestro parecer. Las leyes de Dios no son simples deberes; antes bien, él nos hizo

de tal manera que podamos llegar a estar más felices, más satisfechos y más realizados al hacer lo que él nos manda. Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, ya que fue él quien nos hizo; nos da las instrucciones que nos beneficiarán.

El hombre no es un simple títere en las manos de Dios. A nosotros nos corresponde *decidir* si hacemos o no lo que él nos manda (Deuteronomio 30:19). Podemos reconocerlo como nuestro Creador y el Dador de las leyes que rigen el universo, o podemos negar que existe. Podemos escoger vivir una vida sin significado o una vida con propósito.

Si pensamos que somos la forma más alta de vida en el proceso de la evolución, y que por lo tanto somos mucho, la realidad es que estamos negando el insuperable valor que Dios mismo nos dio. Nuestra existencia y nuestro futuro pierden el valor que tienen por el hecho de ser hijos de Dios, y quedan reducidos al de una especie animal. Es en verdad trágico que el hombre, por su vana actitud de creerse importante, haya despreciado el inapreciable privilegio de llegar a ser un hijo de Dios, quien quiere darle la vida eterna para que pueda compartir con él el universo en toda su gloria y majestad.



Las consecuencias de ciertas ideas

No existe nada que ejerza un mayor efecto en nuestros principios morales que el hecho de creer o no en Dios. Las decisiones que tomamos en este aspecto tienen consecuencias en nuestras propias vidas y, colectivamente, en la sociedad. Nuestra actitud hacia la ley, el respeto y reconocimiento de la autoridad, el respeto por las vidas que están en gestación y hasta por nuestra actividad sexual, son motivados en gran parte por nuestra creencia —o falta de ella— en Dios. Nuestro comportamiento general, así como nuestro amor y dedicación en las relaciones interpersonales, generalmente se reducen a un concepto fundamental: ¿Le creemos a Dios cuando nos habla por medio de su Palabra escrita? (Hebreos 1:1-2).

En los dos últimos siglos la humanidad ha venido pasando por una supuesta época de ilustración avanzada en la cual el claro

mensaje de filósofos y científicos es que el hombre no necesita a Dios para que le diga qué es correcto y qué no lo es. Como resultado, el ateísmo y el materialismo han venido siendo cada vez más aceptados como la pauta que se debe seguir. Los que creen en Dios y en la veracidad de la Biblia, generalmente son considerados como ignorantes, supersticiosos o anticuados, y en ocasiones hasta peligrosos.

Richard Dawkins, decidido defensor de la teoría de la evolución, escribió: “Es absolutamente seguro que, si usted conoce a alguien que dice no creer en la evolución, esa persona es ignorante, lerda o chiflada (o malvada, pero prefiero no pensar eso)” (análisis del libro *Blueprints* [“Planos”], publicado en el diario *The New York Times* el 9 de abril de 1989).

Las instituciones educativas y gubernamentales que más influencia ejercen en el

pensamiento y conducta de la sociedad, en su mayoría han expulsado a Dios de sus salones. La gran mayoría de los cursos de filosofía, psicología, ciencia e historia parten de una premisa evolucionista: que Dios no existe y que la vida surgió espontáneamente y por casualidad. Por tanto, en sus planes de estudio no se toma en consideración ningún propósito general o significado decisivo para la vida humana.

¿Adónde nos conduce todo esto?

Un móvil disimulado

¿Cuáles son los resultados de negar la existencia del Creador? ¿Acaso no daña y tergiversa el razonamiento de uno? En la Biblia leemos: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Salmos 14:1). Y en ese mismo versículo se nos habla de los resultados de tal actitud: “Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien

haga el bien”. Su perspectiva se vuelve completamente pervertida.

Dios entiende muy bien los móviles de quienes niegan la realidad de que él existe. Cuando se convencen a sí mismos de que Dios no existe, ya no les importa lo que es bueno o lo que es malo. No tienen ninguna norma decisiva que guíe su comportamiento; por lo tanto, no ven por qué no han de hacer lo que les plazca.

El escritor Aldous Huxley (1894-1963), miembro de una distinguida familia inglesa de intelectuales, reconoció: “Yo tenía motivos para no querer que el mundo tuviera un significado; por consiguiente, supuse que no tenía ninguno, y sin dificultad alguna pude encontrar razones satisfactorias para esta presunción . . . Los que no encuentran significado en el mundo, generalmente no lo encuentran porque, por una razón u otra, a ellos les resulta más conveniente un mundo sin sig-

ca y erótica: Pudimos negar que el mundo tenía significado alguno” (*ibidem*, p. 270).

Huxley abiertamente declaró que fue su deseo de liberarse de las normas morales lo que los impulsó a él y a otros que compartían sus ideas a plantear una premisa que les permitiera desechar todo concepto de obligaciones morales absolutas.

¿Cuántos estudiantes en nuestras instituciones educativas tienen siquiera idea de que fueron estos los móviles que dieron forma a las teorías y filosofías que ahora se les enseñan como realidades? Probablemente muy pocos, si acaso hay alguno. Pero el hecho es que la teoría de que la vida evolucionó caprichosamente fue generada y alimentada por el antagonismo contra las normas y principios de Dios.

El regocijo de negar a Dios

El hermano de Huxley, Julian (1887-1975), fue más tajante aún: “Es formidable

el alivio espiritual que se experimenta al rechazar la creencia en Dios como un ser sobrehumano” (*Essays of a Humanist* [“Ensayos de un humanista”], 1966, p. 223).

Aldous y Julian Huxley fueron nietos de Thomas Huxley (1825-1895), amigo íntimo de Darwin y entusiasta impulsor de la teoría de la evolución. Al principio de la polémica sobre la evolución, Thomas Huxley confesó sus prejuicios antirreligiosos a un amigo biólogo: “Me agrada que tú veas la importancia de hacerles la

guerra a los clérigos . . . Deseo que la próxima generación pueda estar menos encadenada de lo que ha estado la mía a las crasas y estúpidas supersticiones de la ortodoxia [religiosa]. Y me sentiré muy satisfecho si puedo tener aunque sea un pequeño éxito en hacer que esto suceda” (*The Columbia History of the World* [“Historia del mundo, de Columbia”], 1972, p. 957).

Más recientemente, el paleontólogo Stephen Jay Gould aseveró: “Estamos aquí porque un raro grupo de peces tuvo unas aletas particulares que pudieron transformarse en piernas para ser criaturas terrestres; porque algunos cometas se estrellaron en la Tierra y extinguieron a los dinosaurios, lo que dio la oportunidad a los mamíferos que de otra forma no la hubieran tenido (así que literalmente agradézcansles a sus estrellas de la suerte); porque la tierra nunca se congeló totalmente durante la edad de hielo; porque una pequeña y fina especie, que surgió en África hace unos 250.000 años, se las ha arreglado de alguna manera para sobrevivir hasta ahora.

“Podemos anhelar una respuesta ‘de más arriba’, pero no existe ninguna. Aunque a primera vista esta explicación es molesta, si no es que aterrizadora, en última instancia es liberadora y estimulante” (David Friend, *The Meaning of Life* [“El significado de la vida”], 1991, p. 33).

Pero ¿por qué habría alguien de sentirse liberado y estimulado al convencerse de que Dios no existe?

El problema está en el corazón. Uno de los antiguos profetas lo explicó así: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). Dios revela los oscuros propósitos de quienes intencionadamente se ponen en contra de él: “Vocean pomposas vaciedades y, excitando los deseos de la carne y el desenfreno, seducen a los que apenas empiezan a apartarse de los que viven en el extravío. Les prometen libertad, ellos los esclavos de la corrupción: pues cuando uno se deja vencer por algo, queda hecho su esclavo” (2 Pedro 2:18-19, Nueva Biblia Española).

Nosotros debemos proteger nuestras mentes de esas “pomposas vaciedades” con que constantemente nos bombardean quienes promueven la falsa teoría de la evolución. Tales conceptos tienen un efecto progresivo y traicionero en nosotros y en la sociedad, un efecto que la Biblia llama esclavitud.

Examinemos el motivo

Dios claramente nos hace saber el motivo de los que niegan su existencia. Por medio del apóstol Pablo nos explica que algunos lo rechazan a fin de satisfacer sus propios apetitos. Notemos cómo ocurre y cuáles son las trágicas consecuencias: “Lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en



¿Qué le sucede a la moralidad del hombre cuando rechaza a Dios? No son pocos los que le dan la espalda a su Creador porque quieren hacer lo que les venga en gana, sin importarles las consecuencias.

nificado” (*Ends and Means* [“Fines y medios”], 1946, p. 273).

¿Adónde conduce semejante forma de pensar? El mismo Huxley lo explica: “Para mí mismo, como sin duda para la mayoría de mis contemporáneos, la filosofía de la carencia de significado fue básicamente un instrumento de liberación. La libertad que deseábamos era tanto la emancipación de cierto sistema político y económico como de cierto sistema de moralidad. Rechazamos la moralidad porque obstaculizaba nuestra libertad sexual . . . Había un método admirablemente sencillo para refutar a esa gente y al mismo tiempo justificarnos nosotros mismos en nuestra rebeldía política

guerra a los clérigos . . . Deseo que la próxima generación pueda estar menos encadenada de lo que ha estado la mía a las crasas y estúpidas supersticiones de la ortodoxia [religiosa]. Y me sentiré muy satisfecho si puedo tener aunque sea un pequeño éxito en hacer que esto suceda” (*The Columbia History of the World* [“Historia del mundo, de Columbia”], 1972, p. 957).

Más recientemente, el paleontólogo Stephen Jay Gould aseveró: “Estamos aquí porque un raro grupo de peces tuvo unas aletas particulares que pudieron transformarse en piernas para ser criaturas terrestres; porque algunos cometas se estrellaron en la Tierra y extinguieron a los dinosaurios, lo que dio la oportunidad a los mamíferos que de otra forma no la hubieran tenido (así que literalmente agradézcansles a sus estrellas de la suerte); porque la tierra nunca se congeló totalmente durante la edad de hielo; porque una pequeña y fina especie, que surgió en África hace unos 250.000 años, se las ha arreglado de alguna manera para sobrevivir hasta ahora.

sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Romanos 1:19-21).

Lo que Pablo nos dice aquí es que cuando vemos el cielo y analizamos el mundo que nos rodea, debería resultarnos innegable la mano creadora de Dios. Una persona consciente reconocerá que Dios existe por la prueba misma de que tiene ojos para ver. Pablo está diciendo que uno debe llegar a la conclusión de que Dios es el Creador y reconocer muchas de sus características al observar las cosas maravillosas que ha hecho. Discurrir otra cosa —que el Sol, la Luna, la Tierra y las estrellas surgieron espontáneamente de la nada— es completamente incongruente.

No obstante, los prejuicios de algunas personas en contra de la existencia de Dios son tan profundos que los hace razonar precisamente lo contrario: que el mundo físico no exige la existencia de un Creador.

En los versículos 22 y 23 Pablo sigue describiendo lo que sucede en las mentes de estas personas: “Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”. Les atribuyen poderes divinos a las criaturas y rechazan al Creador.

¿Ha sido usted engañado por ese falso razonamiento al suponer que los eruditos de este mundo son sabios tan sólo porque pueden observar similitudes en las plantas y animales, y luego elaboran hipótesis en las que aseguran que todos tienen un antepasado común?

Pablo continúa diciendo: “Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad

de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (vv. 24-25).

¿Adónde conduce tal forma de pensar? Pablo también examina el fruto de la mente que no tiene en cuenta a Dios: “Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío” (vv. 26-27).

Luego el apóstol llega al meollo del asunto. Tal como lo expresó tan abiertamente Aldous Huxley, la gente no quiere que Dios les prohíba satisfacer sus apetitos carnales: “Como ellos no aprobaron tener

La hostilidad natural del hombre hacia Dios

¿Por qué el hombre rechaza a Dios y las leyes divinas que definen sus normas? Las leyes espirituales de Dios requieren que cada persona tenga una forma de conducta que muy pocos están dispuestos a obedecer. El hombre rechaza a Dios esencialmente porque sus leyes encierran una moralidad que de por sí muestra interés por los demás antes que por uno mismo. Pero nosotros primeramente estamos más interesados en nuestros deseos egoístas: lo que es mejor para nosotros, lo que podemos obtener, cómo podemos ser considerados como mejores que otros.

¿Por qué tenemos esta naturaleza egoísta? ¿Cómo se originó? En la Biblia se nos habla acerca de la naturaleza hostil y recelosa que es inherente a los seres humanos. En el capítulo 3 del Génesis podemos ver que el diablo, con apariencia de serpiente, fue quien sembró la sospecha y la rebeldía en la mente de la primera pareja de seres humanos. De hecho, les dijo que Dios no les estaba diciendo las cosas como eran realmente y lo convenció de que ellos solos podían arreglárselas sin su Creador, y quizá hasta mejor.

Cuando Eva se dejó engañar por las argucias del diablo y luego Adán se rebeló junto con ella, Dios no los *obligó* a que le obedecieran. Pero ahora ellos tendrían que vivir sin que él les revelara más conocimiento. Adán culpó a su esposa, ella culpó a la serpiente y desde entonces el hombre siempre ha culpado a otros por los errores que él mismo comete.

Pronto empezaron a ponerse mal las cosas. En un arrebato de celos, el primer hijo de Adán y Eva mató a su hermano (Génesis 4). La envidia, los celos y la codicia hicieron presa de los seres humanos, y así la violencia se convirtió en la forma en que el hombre ha manejado sus conflictos y desavenencias. Rara vez los descendientes de Adán y Eva han tratado de volverse a Dios y han estado dispuestos a confiar en él.

Notemos lo que el apóstol Pablo dice acerca de lo que motiva al hombre: “Los que son de la carne piensan en las cosas que son de la carne . . .” (Romanos 8:5). Sus deseos carnales predisponen sus mentes en contra de Dios y sus leyes morales. “Por cuanto —como lo explica en el versículo 7— los de-

signios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”.

No debe sorprendernos, pues, que la mayoría de las personas rechacen cualquier cosa que no vaya de acuerdo con su peculiar manera de pensar (Jeremías 10:23). Crean que tienen una forma de vida más conveniente y mejor, una que es muy superior a lo que ellos consideran la dura y opresiva moral de la Biblia. No obstante, la ley de Dios está muy por encima de los principios morales del hombre. Como dijo el apóstol Pablo: “La sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios . . .” (1 Corintios 3:19).

En la historia del mundo, ninguna nación o pueblo ha querido ser gobernado por la totalidad de los Diez Mandamientos, porque éstos van en contra de las tendencias de la naturaleza humana. Algunos ven que resulta provechoso guardar varios de los mandamientos, tales como no mentir, no robar o no matar, pero casi siempre escogen los mandamientos que quieren acatar, o sólo los obedecen exteriormente.

Aun cuando obedecen la letra de esos mandamientos, por lo general violan su espíritu y propósito, que Jesús definió como amor hacia Dios y amor hacia nuestros semejantes (Mateo 22:37-40).

Al rechazar el camino que Dios nos revela, la gente no se da cuenta de que ella misma se priva de bendiciones y se condena al sufrimiento. “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames al Eterno tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y el Eterno tu Dios te bendiga . . .” (Deuteronomio 30:15-16).

Es triste decirlo, pero la mayoría decide no aceptar el camino que Dios le ofrece y que la llevaría a tener una vida abundante y productiva. Hay mucho más que podemos aprender sobre este tema; aquí sólo hemos tocado la superficie. Por favor solicite dos folletos gratuitos: *Los Diez Mandamientos* y *El camino hacia la vida eterna*, en los cuales se examinan estos temas más profundamente. □

en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios,



El movimiento anti-Dios, que echó raíces en el siglo 19, dio su amargo fruto en el siglo 20 con dos guerras mundiales, el surgimiento del comunismo ateo y la mórbida y despiadada crueldad de los hombres contra sus semejantes.

contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia” (vv. 28-31).

Estos son los resultados previsibles cuando no se tiene en cuenta a Dios (v. 28). Nos describen una sociedad que no acepta a Dios y su ley moral, y tampoco admite los principios establecidos de lo que es correcto y lo que no lo es.

“Dios está muerto”

Friedrich Nietzsche (1844-1900), uno de los filósofos más famosos de la época moderna, tuvo que ver mucho con los ataques a Dios como la fuente de las normas morales absolutas. Sus conceptos tuvieron un efecto dramático en algunos de los hombres más influyentes del siglo 20, especialmente en Adolfo Hitler.

Nietzsche pretendió reemplazar la religión cristiana (con su creencia y confianza en Dios) con un mundo nuevo de fundamento ateo. Intentó redefinir la vida humana sin Dios. Declaró que los principios cristianos debilitaban al hombre y le impedirían llegar a la verdadera grandeza que lle-

vaba dentro. El cristianismo con sus principios de moralidad, arrepentimiento y humildad eran conceptos degradantes que tenían que ser rechazados a fin de que la humanidad pudiera liberarse y aspirar a más grandes alturas y escalar las montañas del triunfo individual.

Nietzsche apoyó fuertemente el concepto de que, como él lo expresó: “Dios está muerto”. Escribió su filosofía en un estilo que estimulaba la emoción y la imaginación. Alegó que ya que Dios estaba muerto, nosotros los humanos merecíamos ocupar su lugar. No obstante, escribió que el hombre no estaba listo para tan alto puesto, y que hasta que pudiera estarlo debía pasar por un tiempo de cambio y revolución. Pero el día vendría cuando este mundo ateo sería recibido en los brazos de un super-libertador filosófico.

Aparece el superhombre

Las conjeturas de Nietzsche se hicieron realidad en parte. Sus enseñanzas nihilistas estaban listas para ser adoptadas por un mundo que estaba cambiando rápidamente debido a la influencia de los filósofos que lo habían precedido: el escéptico David Hume; Emmanuel Kant, quien glorificó la superioridad del razonamiento humano; y el existencialista Sören Kierkegaard. Aparecieron grandes hombres, ateos y menospreciadores de la religión, quienes intentaron ser lo que el mundo estaba esperando: el nuevo superhombre. Hombres como Adolfo Hitler, José Stalin, Mao Tse-tung y Pol Pot fueron producto de esa filosofía experimental.

El historiador Paul Johnson escribió: “Friedrich Nietzsche . . . vio a Dios no como una invención sino como una víctima, y su fallecimiento . . . como un importante acontecimiento histórico, el cual tendría dramáticas consecuencias. En 1886 él escribió: ‘El acontecimiento más grande de los últimos años —que “Dios está muerto”,

que la creencia en el Dios cristiano ya no se puede sostener— ha empezado a proyectar sus primeras sombras sobre Europa’.

”Para las razas avanzadas, la decadencia y finalmente el derrumbe del fervor religioso dejaría un gran vacío. La historia de la era moderna es en gran parte la historia de cómo se ha llenado ese vacío. Nietzsche correctamente entendió que el postulante más factible sería lo que él llamó ‘la voluntad del poderío’ . . .

”En lugar de la creencia religiosa estaría la ideología secular. Los que una vez habían sido los jefes del clero totalitario vendrían a ser los políticos totalitarios. Y sobre todo, la voluntad del poderío produciría una nueva clase de mesías, no refrenado por prohibiciones religiosas de ninguna índole, y con un apetito insaciable por controlar a la humanidad. El fin del viejo orden, con un mundo sin guía y a la deriva en un universo relativista, era una invitación para que aparecieran estadistas tipo gángster. No tardaron en aparecer” (*A History of the Modern World From 1917 to the 1980s* [“Historia de la era moderna desde 1917 hasta los años ochenta”], 1983, p. 48).

Mirando retrospectivamente en el siglo 20, Paul Johnson escribió: “Hemos vivido un terrible siglo de guerra y destrucción precisamente porque hombres poderosos se apropiaron de las prerrogativas de Dios. Yo le llamo al siglo 20 el Siglo de la Física, iniciado por las teorías especiales y generales de Einstein. Durante este período la física vino a ser la ciencia predominante, la cual produjo la energía nuclear y los viajes espaciales.

”El siglo también produjo la ingeniería social, la práctica de mover grandes multitudes de gente de un lugar a otro como si fueran arena o concreto. La ingeniería social fue una característica clave en los regímenes totalitarios del nazismo y el comunismo, donde fue combinada con el relativismo moral (la creencia de que lo correcto y lo incorrecto puede ser cambiado según los gustos de las sociedades humanas) y la negación de los derechos de Dios.

”Para Hitler, la ley superior del partido fue más importante que los Diez Mandamientos. Lenin alabó la conciencia revolucionaria como una guía más segura para la humanidad que la conciencia creada por la religión” (“The Real Message of the Millennium” [“El verdadero mensaje del milenio”], artículo publicado en la revista *Reader’s Digest* en inglés, diciembre de 1999, p. 65).

Ingeniería social

Carlos Darwin fue quien les dio a los filósofos lo que buscaban. Antes de Darwin, los conceptos eran vagos, quizá reacciones en contra de abusos previos de organismos y gobiernos corruptos. Darwin le dio vida a la filosofía nihilista, existencialista y racionalista. Con su teoría de la selección natural pudo explicar científicamente — cuando menos en teoría— que, al fin y al cabo, no tenía que haber un Creador. La vida podía haber surgido por sí misma y luego evolucionado sin Dios.

Así la filosofía y la ciencia se unieron para acabar con el control que la religión ejercía sobre las masas. Con la teoría de la evolución —y las secuelas de semejante forma de pensar— vendría el siglo más sangriento de la historia.

El distinguido moralista Víctor Frankl, sobreviviente de Auschwitz, escribió: “Si le enseñamos al hombre un concepto del hombre que no es verdad, podemos pervertirlo. Cuando lo presentamos como . . . un conjunto de instintos, como un esclavo de impulsos y reacciones, como un simple producto de la herencia y del medio ambiente, alimentamos el nihilismo al cual el hombre de hoy está, en todo caso, propenso.

”Yo pude familiarizarme con la última etapa de la corrupción en Auschwitz, mi segundo campo de concentración. Las cámaras de gas de Auschwitz eran el resultado final de la teoría de que el hombre no es más que producto de la herencia o del medio ambiente . . . Estoy absolutamente convencido de que, al fin y al cabo, las cámaras de gas de Auschwitz, Treblinka y Maidanek fueron preparadas no en algún ministerio en Berlín, sino más bien en los escritorios y en las salas de conferencias de los científicos y filósofos nihilistas” (*The Doctor and the Soul: Introduction to Logotherapy* [“El médico y el alma: Introducción a la logoterapia”], 1982, p. xxi).

Las palabras de Hitler, inscritas en Auschwitz con la esperanza de que el hombre nunca más descienda a tal grado de salvajismo, son un serio recordatorio de lo que sucede cuando rechazamos los principios morales de Dios: “Yo liberé a Alemania de las estúpidas y degradantes falacias de conciencia y moralidad . . . Adiestraremos jóvenes ante quienes el mundo temblará. Quiero gente joven capaz de ser violenta: autoritaria, implacable y cruel” (Ravi Zacharias, *Can Man Live Without God?* [“¿Puede el hombre vivir sin Dios?”], 1994, p. 23).

La supervivencia del más apto

Mirando retrospectivamente podemos entender cómo los conceptos de un mundo sin Dios, entre ellos que el género humano sobrevivió por el principio de la supervivencia del más apto, y que los seres humanos pueden alcanzar un grado sumo de poder, condujeron inevitablemente al vergonzoso hecho de que, tan sólo en la primera mitad del siglo 20, más personas fueron muertas por otras personas que en toda la historia de la humanidad hasta ese tiempo. La justificación para la mayor parte de esta matanza fue el concepto de la selección natural que forma parte del darwinismo.

La aplicación del principio de la supervivencia del más apto en los seres humanos vino a ser conocido como darwinismo social. Aunque Darwin, al parecer, no condonaba esta generalización de su teoría de la selección natural dentro de las relaciones sociales, sí aseveraba que la evolución humana avanzaba por medio de guerras y luchas.

“Hay unos pocos evolucionistas que se han sentido avergonzados por las implicaciones sociales de la evolución y han hecho hincapié en la colaboración (en lugar de las luchas) como un elemento de la evolución. Otros han dicho que ha sido utilizada erróneamente para defender el militarismo y los abusos sociales.

”Desde luego, la aplicación darwiniana de la supervivencia del más apto en las re-

“Para mí mismo, como sin duda para la mayoría de mis contemporáneos, la filosofía de la carencia de significado fue básicamente un instrumento de liberación . . . Rechazamos la moralidad porque obstaculizaba nuestra libertad sexual . . . Había un método admirablemente sencillo para . . . justificarnos nosotros mismos en nuestra rebeldía política y erótica . . .” —Aldous Huxley

laciones humanas, por gente sin escrúpulos, no tiene ninguna relación directa con el asunto de si los humanos u otras criaturas evolucionaron de formas sencillas de vida. Pero estos abusos han sido permitidos y fomentados utilizando la evolución como pretexto; y si la evolución no es verdad, resulta más trágico aún” (Bolton Davidheiser, *Evolution and Christian Faith* [“La evolución y la fe cristiana”], 1969, p. 354).

El futuro de la evolución

No hay duda de que el principio de la evolución, que dio su fruto mortal a todo lo

largo del siglo 20, habrá de seguir floreciendo en este siglo. Ahora el afán está centrado en mejorar genéticamente al género humano. Algunos investigadores hablan ya de prolongar la vida y eliminar las enfermedades por medio de tratamientos y trasplantes genéticos. Ya es común hablar de mejorar las capacidades físicas y mentales y dar talentos naturales individualmente por medio de la manipulación genética. Por ahora se está luchando con los aspectos legales, emocionales y éticos que tienen que ver con tales prácticas.

En síntesis, el hombre cree que puede encauzar su propia evolución. Quizá eso no sea una idea tan rara. Es el resultado natural del intento del hombre por alcanzar una vida superior sin Dios; y quizá hasta piense que por medio de la evolución artificial puede llegar a vencer la muerte y por fin lograr la inmortalidad.

De todas formas, sería mucho más fácil y seguro creerle a Dios. El hombre puede lograr todo lo que es bueno para él ahora —una vida física feliz y productiva— y en un tiempo futuro, la inmortalidad. Pero quiere lograrlo por sus propios medios, sin reconocer ni obedecer a su Creador. Su naturaleza carnal lo lleva a satisfacer sus deseos egoístas, lo que le acarrea los sufrimientos físicos, mentales y emocionales que son el resultado de quebrantar las leyes de Dios. Pero valiéndose de la inteligencia que Dios le dio, trata de eludir las consecuencias.

Resulta irónico ver cómo el hombre se aferra a su creencia en leyes físicas y naturales definitivas, pero se opone fuertemente a la idea misma de que las leyes espirituales de Dios son igualmente definitivas e inalterables. Cuando se trata de su comportamiento, de alguna manera encuentra la forma de convencerse de que Dios no existe, creyendo que así podrá evitar las consecuencias. Pero no nos equivoquemos: Cuando el hombre quebranta cualquiera de las leyes de Dios, cosechará el fruto de sus obras, crea o no en la existencia de un Gobernante supremo.



Conozcamos a Dios

¿Podemos conocer realmente a Dios, el que dice ser el Creador, el Dador de la vida, el que sostiene el universo, el único que no hace nada sin un propósito?

Los evolucionistas alegan que la vida existe debido a una sucesión de accidentes fortuitos, que las leyes que gobiernan el cosmos y la vida misma llegaron a existir por azar, que el universo surgió de la nada y que todo lo que vemos no tiene propósito o significado alguno. Cuando uno analiza las explicaciones acerca del origen del universo y de la supuesta evolución de la vida, puede decir con toda honradez que la ciencia y el razonamiento humano no han proporcionado alternativas admisibles a la existencia de Dios.

Desde hace miles de años, las respuestas a las incógnitas más importantes de la vida han estado disponibles en la Biblia, la Palabra de Dios mismo. Es aquí donde él se ha revelado como el Creador y mostrado su propósito para la creación. (No deje de solicitar el folleto gratuito *¿Se puede confiar en la Biblia?*)

¿Acaso Dios ha guardado silencio?

Los escépticos preguntan: “Si hay un Dios, ¿por qué no se manifiesta?”, como si esto fuera a resolver la discusión acerca de su existencia. Pero Dios sabe muy bien que no hay pruebas que convencan a quienes no estén dispuestos a reconocerlo y a obedecerlo.

Eso es exactamente lo que Dios nos repite constantemente en las Escrituras. No sólo se reveló a quienes escribieron la Biblia para enseñarnos lo que necesitamos saber, sino que también se ha revelado a toda la humanidad por medio de su creación.

No obstante, los humanos con frecuencia sacamos conclusiones equivocadas de las muchas pruebas que nos ha dado. Como dijimos anteriormente, algunas personas tienen otros motivos por los cuales no quieren creer en un Creador o en un propósito superior. Esto resulta muy cómodo para los que quieren vivir como les plazca, libres de toda autoridad divina.

La falsa suposición inherente a ese razonamiento es que Dios simplemente se apartará de nuestras vidas y entonces podremos satisfacer nuestros apetitos carnales. Pero reflexionemos. Negar que existe la ley de la gravedad porque no podemos verla o tocarla, o porque queremos liberarnos de sus efectos, no quiere decir que tal ley no exista o que podamos hacerle caso omiso sin sufrir las consecuencias. De la misma manera, negar los igualmente reales e ineludibles principios y leyes espirituales que Dios creó no quiere decir que tanto él como ellos desaparecerán como por encanto. Al fin y al cabo, todos tendremos que dar cuentas al Creador, quien nos ha dado abundantes pruebas de su existencia.

El apóstol Pablo, quien con gran denuedo predicó al verdadero Dios en un mundo rebelde e idólatra, habló muy claramente de las pruebas del Creador, así como de las consecuencias de cerrar los ojos ante ellas: “Las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que *no tienen excusa*” (Romanos 1:20).

Pablo nos dice que podemos ver las pruebas del Creador, y que al observar su creación física podemos entender su carácter y naturaleza. Nos asegura que las pruebas son tan inequívocas que una persona razonable no tiene excusa para decir que no hay Dios. El hombre no tiene por qué llegar a la conclusión de que Dios no es lo que es: eterno, supremo, omnipotente e infinitamente misericordioso. La persona que hace las preguntas pertinentes y sinceramente desea conocer las respuestas, llegará a la misma conclusión lógica.

Las pruebas son tan evidentes que Pablo declaró: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó” (vv. 18-19).

Aunque Dios abiertamente revela su existencia, reconoce que hay quienes de-

tienen la verdad acerca de él. ¿Por qué lo hacen? Pablo mismo responde que “como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (v. 28). Algunos sencillamente *no quieren* reconocer la existencia de Dios, para así poder vivir como quieran y hacer lo que les venga en gana. Esto aclara por qué la capacidad que Dios le dio para la investigación y la lógica ha sido empleada por el hombre para razonar erróneamente y llegar a conclusiones falsas.

Dios se revela como el Creador

Lo primero que Dios nos hace saber en la Biblia es que él es el Creador: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Aquí Dios establece el fundamento para todo lo que ha de venir después.

Más adelante, por medio de uno de sus profetas, Dios resume la creación de nuestro planeta y de todo lo que hay en él: “Así dice Dios, el Eterno, el Creador de los cielos, el que los despliega, el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora en ella, y vida a los que andan por ella” (Isaías 42:5, Nueva Reina-Valera).

Por medio de este mismo profeta Dios nos dice que miremos a su obra en los cielos: “Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio . . . ¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es el Eterno, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” (Isaías 40:26, 28).

En una noche despejada podemos ver a simple vista cerca de dos mil estrellas. Los astrónomos de hace un siglo pensaban que nuestra galaxia, la Vía Láctea con sus miles de millones de estrellas, era todo el universo. Hoy en día se calcula que hay por lo menos cien mil millones de galaxias, y tal vez muchas más, cada una con sus miles de millones de estrellas. Y a medida que se producen nuevos adelantos tecnológicos

que nos van permitiendo ampliar nuestro conocimiento del cosmos, el cálculo del número de galaxias continúa aumentando.

Necesitaríamos contar con supercomputadores para poder manejar tan sólo los nombres o números de una fracción de estas estrellas. Sin embargo, Dios nos dice que él las creó todas y que puede contar y nombrar cada una de ellas.

¿De dónde vino Dios?

Dios se anticipó a la pregunta que frecuentemente hacen los escépticos: “Si Dios hizo todo, entonces ¿quién hizo a Dios?” Leamos su respuesta: “. . . Antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí” (Isaías 43:10).

Dios no está limitado por el tiempo como lo estamos nosotros. Él es “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver . . .” (1 Timoteo 6:16).

El nombre que más se usa en el Antiguo Testamento para referirse a Dios es el nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. El nombre mismo expresa la idea de que Dios es un ser eterno; de hecho, él es “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15). (En la versión Reina-Valera de la Biblia el nombre YHVH se traduce como Jehová, lo cual es una adaptación inexacta al español. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido por la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del Creador.)

Dios es eterno e inmortal. El universo tuvo un principio, y Dios existía antes de que el universo existiera. Él ha existido siempre; nada ni nadie pudo crearlo a él.

El Creador viene a la tierra

En la Biblia se nos dice que Dios creó todas las cosas por medio de Jesucristo, quien también es llamado el Verbo (Juan 1:1-3; ver también Colosenses 1:15-17; Hebreos 1:1-2). “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Jesucristo se refiere a sí mismo como “el Alfa y la Omega, principio y fin . . . el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Apocalipsis 1:8; ver también 22:13).

Él fue quien de hecho formó el universo de la nada, creó la tierra, creó la vida en ella

y vino a la tierra a vivir entre los hombres como un ser humano más. En Filipenses 2:5-7 leemos que “Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios . . . se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”.

El Creador del universo vino al mundo a vivir y morir como cualquier ser humano. Mas no era un ser humano común. Él representaba al Padre y enseñaba exactamente los mismos principios y leyes que personifican al Padre mismo. “. . . Según me enseñó el Padre, así hablo. Porque él que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:28-29).

Jesús vivió en la tierra exactamente como hubiera vivido el Padre si hubiera sido éste quien hubiera venido. Él personificó al Padre de manera tan perfecta que pudo decir: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

Jesús enseñó un mensaje concreto: el evangelio o las buenas noticias del Reino de Dios (Marcos 1:14-15). Enseñó que podemos llegar a formar parte de la familia de Dios y que podemos recibir la inmortalidad en esa familia (Mateo 5:9, 45;

El apóstol Pablo, quien con gran denuedo predicó al verdadero Dios en un mundo rebelde e idólatra, habló muy claramente de las pruebas del Creador, así como de las consecuencias de cerrar los ojos ante tales pruebas: “Las cosas invisibles de [Dios], su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

Lucas 6:35; 20:36). Pero esto exige obediencia a las leyes del Reino de Dios y fe en el Rey de ese reino (Mateo 19:16-21; Hebreos 11:6).

El Creador está interesado en su creación

¿Acaso Dios nos creó a nosotros y al mundo para luego abandonarnos? ¿Dejó por ventura que el mundo sencillamente siguiera su curso, sin intervenir nunca más en la historia del hombre, como un relojero que hace un reloj, le da cuerda y luego lo deja hasta que se le acabe la cuerda?

Dios ciertamente está interesado en todo lo que ha creado. Desde antes de la creación misma, él ya tenía en mente el propósito de crear la tierra y la vida, y de darles a los seres humanos la oportunidad

de recibir la vida eterna. Lo planeó, de hecho, “desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2; ver también 2 Timoteo 1:9; Efesios 1:3-4). Esto es completamente opuesto a la ilógica y absurda teoría de la evolución.

En la Biblia se nos revela que Dios se interesa tanto por aquellos a quienes creó, que no deja de intervenir a su favor. Él nos dice: “. . . Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:9-10).

Dios ha intervenido antes en la historia, y lo hará otra vez, pero en esta ocasión para hacer que los seres humanos lleguen al punto en que reconozcan quién es él y acepten la revelación de su conocimiento, así como el propósito que tiene con ellos.

En el pasaje que quizá sea el más conocido de toda la Biblia se nos dice que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo,

sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17).

Lo que resulta más extraordinario es que Dios está tan interesado en el propósito por el cual creó el universo y al hombre que ¡hará que se cumpla tal como él mismo lo planeó! Todos y cada uno de los seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios, tendrán la oportunidad de conocer a su Hacedor y de decidir si están dispuestos a reconocerlo y someterse incondicionalmente a él, para así poder recibir su ofrecimiento de la vida eterna.

Libertad para decidir

Dios nos dio libre albedrío. Hablando por medio de Moisés a su pueblo escogido, el antiguo Israel, Dios le dijo: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra

vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:19). Si usted desea una explicación más amplia acerca de por qué Dios nos da libertad para decidir, no deje de leer el recuadro “¿Cómo se revela Dios?”, en esta página.

Adán y Eva tomaron la fatídica decisión de rechazar la revelación de Dios y

apoyarse en su propio razonamiento para determinar qué era bueno y qué era malo. Desde entonces, Dios le ha permitido a la humanidad rechazar el conocimiento revelado. Nos dio la libertad de establecer nuestras propias filosofías acerca del origen y el significado de la vida y de experimentar con diferentes sistemas de vida, gobiernos y sociedades por medio de los cuales esperamos encontrar algún día paz

y satisfacción. Pero nunca hemos podido lograr lo que tanto hemos buscado. Por miles de años nuestra experimentación con filosofías y gobiernos que nos den la paz, ha fracasado. La historia está repleta de derramamiento de sangre, de opresión y de esperanzas frustradas.

Seguiremos experimentando y seguiremos fracasando mientras no aceptemos la realidad: que sólo por medio del conoci-

¿Cómo se revela Dios?

Si Dios existe realmente, ¿por qué no se nos revela de alguna forma en la que ya no tengamos duda de su existencia? La realidad es que lo ha hecho muchas veces. En la Biblia encontramos relatos de personas que tuvieron interacción y comunicación con Dios. Pero ¿acaso esos testimonios escritos han dejado satisfechos a los escépticos? Nunca lo han hecho y nunca lo harán.

Si Dios hubiera decidido aceptar el desafío de estar demostrando siempre su existencia, ¿qué habría tenido que hacer? ¿Habría tenido que aparecérselo personalmente a cada uno de los seres humanos y hacer milagros en su presencia? Pero quizá ni aun eso hubiera sido suficiente para satisfacer a cada persona.

En lugar de eso, Dios decidió desde la antigüedad proporcionar pruebas contundentes —por medio de sus obras, el testimonio de algunas personas y las profecías cumplidas— de que él es el omnisciente Creador del universo. Para quienes tienen ojos para ver y oídos para oír, las pruebas son razonables, poderosas e inspiradoras. Mas cada persona tiene que tomar su decisión: reconocer y aceptar las pruebas, o rechazarlas.

Dios se nos revela

Analicemos la historia de algunas de las ocasiones en que el Dios creador se ha revelado a la humanidad.

Dios estuvo con Adán y Eva y habló con ellos. Durante su corta e íntima convivencia, él les dio instrucciones concretas (Génesis 2:15-17; 3:2-3). Sin embargo, ellos decidieron desobedecer sus instrucciones y luego trataron de esconderse (Génesis 3:8-10).

Después, Dios conversó con Caín acerca de la ira irracional y egoísta de éste (Génesis 4:5-7). Caín rechazó el consejo de Dios y mató a su hermano Abel (v. 8). En lugar de arrepentirse sinceramente de lo que había hecho, Caín se alejó de Dios (vv. 9-16).

Dios también habló con Noé (Génesis 6:13), quien era diferente de otros con los que ya había hablado. Noé obedeció las instrucciones de Dios (Génesis 7:5). Otro que también fue obediente a su Creador fue Abraham, con quien Dios conversó personalmente en varias ocasiones (Génesis 12:1, 7; 13:14; 17:1-3).

Algo que debemos entender es la disposición que Dios tenía para revelarse a Moisés y al antiguo pueblo de Israel. “Y hablaba el Eterno a Moisés cara a cara, como habla cualquie-

ra a su compañero” (Éxodo 33:11). Dios deseaba cultivar este tipo de relación con los israelitas. Leamos lo que pasó, según escribió más tarde el propio Moisés: “Cara a cara habló el Eterno con vosotros en el monte de en medio del fuego. Yo estaba entonces entre el Eterno y vosotros, para declararos la palabra del Eterno; porque vosotros tuvisteis temor del fuego, y no subisteis al monte” (Deuteronomio 5:4-5).



Dios les ofreció a los israelitas una relación directa con él, pero ellos prefirieron alejarse de su Creador.

Ellos no sólo no querían acercarse a Dios, sino que tampoco querían oír su voz. “Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:18-19).

Dios quería que los israelitas quedaran impresionados con su grandeza a fin de que se dieran cuenta de que debían obedecerlo. Pero pensaron que él representaba una amenaza para ellos, de manera que pidieron que de ahí en adelante Dios les hablara sólo por intermedio de Moisés.

Dios les concedió lo que pidieron. Desde entonces él se le reveló al pueblo de Israel por intermedio de sus siervos los profetas, a quienes enviaba para advertirles y exhortarles a que le fueran fieles. Pero los israelitas no hacían caso de tales mensajes y a muchos de los profetas los martirizaron cruelmente.

Libertad de elección

No era la intención ni el deseo de Dios apartarse de la gente. ¡Fueron los *hombres* los que *decidieron* apartarse de él!

Desde que Dios creó a los seres humanos, les dio la libertad de elegir. Nos permite que escojamos entre creerle, obedecerle y aceptar el conocimiento que nos revela, o rechazarlo.

Dios no obligó a Adán y a Eva a que lo obedecieran. Ellos simplemente decidieron no hacerlo. Desde entonces la humanidad ha sufrido las consecuencias de tan fatídica decisión.

Dios tampoco obligó a los israelitas a que lo obedecieran, pero sí les presentó claramente dos opciones para que ellos escogieran. Primeramente les advirtió: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición”; y en seguida los exhortó: “Escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:19).

miento revelado por Dios podremos encontrar la paz y felicidad verdaderas, además de poder cumplir finalmente con el propósito por el cual Dios nos creó a su imagen y semejanza.

La conclusión lógica

Lo que vemos a nuestro alrededor es un mundo que se apartó del conocimiento de Dios. La humanidad ha establecido mu-

chas sociedades, cada una con sus filosofías y conceptos acerca del destino del hombre, sin tener en cuenta el conocimiento que Dios nos revela. Él ciertamente está interesado en su creación, pero por miles de años ha permitido que el hombre aprenda de sus propios errores.

Mucha gente supone que si este es el mundo de Dios, él debe estar tratando desesperadamente de convencer a la humani-

dad para que le obedezca. Asimismo suponen que, si esto es así, entonces Dios ha fracasado porque las fuerzas del mal están teniendo mucho más efecto.

La verdad escueta del asunto es que Dios *no* está tratando de convertir al mundo a su camino de vida *ahora*. Sólo ha estado permitiendo que el experimento de la humanidad la lleve a su lógica e inevitable conclusión.

Ellos mismos habían oído a Dios cuando les dio los Diez Mandamientos en el monte Sinaí. Habían visto todos los milagros que él había realizado por ellos desde antes de liberarlos de la esclavitud en Egipto. Sin embargo, pronto olvidaron esas pruebas y optaron por rechazar el camino de vida y las bendiciones que Dios les ofrecía (ver también Deuteronomio 31:27).

Los seres humanos siempre han optado por apartarse de Dios, prefiriendo seguir el camino que finalmente conduce a las maldiciones y a la muerte (Proverbios 14:12; 16:25). Y hasta ahora nada ha cambiado. Las opciones son las mismas para nosotros: Creerle a Dios y obedecer sus leyes, o hacer todo lo contrario.

Siglos después de que el antiguo Israel se apartara de su Libertador, Dios tampoco obligó a los contemporáneos de Jesús a aceptarlo como el Salvador prometido y el Hijo de Dios. Aun después de varios años de ser testigos de los muchos e impresionantes milagros que Jesús había realizado, incluso la alimentación de miles de personas (Mateo 14:13-21; 15:30-38), sólo 120 hombres y mujeres se habían convencido, y éstos vinieron a formar el núcleo de su iglesia (Hechos 1:15); aunque pocos días después muchos más serían agregados al cuerpo de creyentes.

Otro suceso revelador fue la forma en que los dirigentes religiosos reaccionaron ante la resurrección milagrosa de Lázaro, amigo íntimo de Jesús (Juan 11). ¿Se alegraron acaso de que un hombre hubiera vuelto a la vida? ¡Todo lo contrario! Lo que hicieron fue conspirar para “dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús” (Juan 12:10-11). Negándose a reconocer que esta milagrosa resurrección era una señal proveniente de Dios, los enemigos de Jesús decidieron destruir la prueba; conspiraron para matar al inocente Lázaro. Unos días más tarde lograron que el Hijo de Dios fuera ejecutado.

A la mayoría de las personas les gusta pensar que tienen una mente abierta, que no tienen prejuicios ni están en contra de la verdad. Sin embargo, en ese tiempo algunos de los que habían visto los milagros de Jesús clamaron por su sangre. En una de sus parábolas, Jesús hizo notar que algunos tenían el corazón tan endurecido en contra de Dios que no cambiarían su actitud ni siquiera viendo que alguien era resucitado de entre los muertos (Lucas 16:31).

La naturaleza humana no ha cambiado. La misma testardez y los mismos prejuicios se mantienen firmemente arraigados en la época actual. No resulta muy agradable pensar que gran parte de la humanidad voluntariamente ha endurecido su corazón en contra de Dios; sin embargo, así es (2 Pedro 3:5). Y la razón es fácil de explicar. Los seres humanos son *hostiles* a Dios por naturaleza (Romanos 8:7). Por lo tanto, una persona que se deja influir por semejante actitud está muy dispuesta a encontrar la forma de rechazar las pruebas de la existencia del Creador.

Pruebas absolutas de Dios

¿Alguna vez Dios les ha proporcionado a los hombres pruebas precisas e indiscutibles de su existencia? ¿Las proporcio-

narán en el futuro? La respuesta a ambas preguntas es un contundente sí.

Cuando Dios liberó a Israel de la esclavitud en Egipto, realizó muchos milagros asombrosos que demostraron su existencia, su poder y su dominio de las leyes de la naturaleza. “El Eterno dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón; porque yo he endurecido su corazón, y el corazón de sus siervos, para mostrar entre ellos estas mis señales, y para que cuentes a tus hijos y a tus nietos las cosas que yo hice en Egipto, y mis señales que hice entre ellos; *para que sepáis que yo soy el Eterno*” (Éxodo 10:1-2).

Ellos vieron las pruebas, pero pronto las olvidaron. “Hicieron becerro en Horeb, se postraron ante una imagen de fundición . . . *Olvidaron* al Dios de su salvación, que había hecho grandezas en Egipto” (Salmos 106:19, 21).

Más adelante, Dios les dio pruebas de su existencia por medio de las palabras que inspiró a sus profetas. Las profecías cumplidas son pruebas poderosas de la existencia de Dios. Él proclamó: “. . . Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:9-10). Sólo Dios puede predecir exactamente grandes catástrofes, el surgimiento y la caída de imperios, e incluso el fin de nuestra era, ¡y luego hacer que sucedan!

La profecía bíblica es una de las pruebas de Dios que puede ser fácilmente comprobada. Una de las formas más sencillas de comprobar su veracidad es analizar la exactitud de las profecías relacionadas con el nacimiento, vida y muerte de Jesucristo. Muchos siglos antes de su nacimiento, asombrosos pormenores acerca de esos aspectos de su vida fueron revelados a los profetas hebreos. La exactitud y precisión de tales detalles confirman contundentemente la veracidad de la profecía bíblica y la existencia de quien la inspiró.

Las profecías cumplidas de Daniel fueron tan específicas que su exactitud también nos proporciona una prueba irrefutable de la existencia de Dios y su veracidad. Aunque explicar los numerosos detalles específicos de estas y otras profecías cumplidas está fuera del alcance de esta publicación, tal información está disponible en nuestro folleto gratuito *¿Se puede confiar en la Biblia?*

Aún vendrán más pruebas decisivas

Dios ha prometido que llegará el momento—cuando pocos lo esperen— en que todo el mundo podrá ver la misma clase de pruebas milagrosas de su existencia que realizó en el antiguo Egipto. Esta intervención futura en el mundo será indubitable. Cuando Jesucristo retorne “todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7; comparar con Mateo 24:27-30).

Si usted desea examinar más detenidamente lo que Dios dice acerca de cómo revelará su gran poder y gloria, le invitamos a que solicite dos folletos gratuitos: *¿Estamos viviendo en los últimos días?* y *Usted puede entender la profecía bíblica*. □

Así como algunos niños no aprenden que la estufa está caliente hasta que la tocan, los adultos muchas veces tenemos que aprender las lecciones de la vida mediante experiencias dolorosas. La Biblia no sólo nos habla de las veces que Dios le advirtió a la gente acerca de las consecuencias que tendrían que afrontar si lo rechazaban a él y su camino de vida, sino que también nos dice que los exhortaba para que no lo hicieran: “Vivo yo, dice el Eterno el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis . . . ?” (Ezequiel 33:11).

¿Adónde nos conducirá la decisión global de la humanidad? Así como el rechazo del conocimiento del Dios creador y sus leyes acarrea sufrimiento y angustia a una persona, así también los puede acarrear a toda una nación y aun al mundo entero.

Jesús predijo el resultado inevitable de una civilización apartada de Dios: “Habrá entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acortaran aquellos días, *nadie escaparía con vida*; pero por amor a los elegidos se acortarán” (Mateo 24:21-22, Nueva Biblia Española).

Debemos tomar muy en serio las palabras de Jesús. Dios le permitirá a la huma-

nidad continuar con su experimento profano hasta el momento en que esté a punto de destruirse a sí misma. Sólo de esta manera aprenderán los hombres la lección.

(Si usted desea entender más acerca de estos temas, puede solicitar tres folletos gratuitos: *El evangelio del Reino de Dios*, *¿Estamos viviendo en los últimos días?* y *Usted puede entender la profecía bíblica.*)

Dios intervendrá directamente

No todas las noticias son malas. De hecho, son más bien buenas porque al final Jesucristo intervendrá con gran poder y majestad para impedir que los humanos nos destruyamos totalmente. Aunque en la

Un Dios que no está limitado por el tiempo ni el espacio

Una pregunta sencilla y lógica es: Si Dios existe, ¿por qué no lo vemos, no lo oímos y no lo podemos tocar? Pero la respuesta desafía la lógica, el razonamiento y la experiencia humanos.

Nosotros comprobamos las cosas por medio de nuestros cinco sentidos. Con los ojos vemos la luz que reflejan los objetos. Con los oídos percibimos las vibraciones de las ondas acústicas. Con los dedos sentimos la textura de lo que tocamos.

Vivimos en un mundo físico con sus dimensiones de tiempo y espacio: longitud, anchura, altura y tiempo. No obstante, el Dios que se menciona en la Biblia mora en el ámbito *espiritual*, fuera del alcance de nuestros sentidos físicos. No se trata de que Dios no sea real, sino de que él no está limitado por las leyes y dimensiones físicas que gobiernan nuestro mundo (Isaías 57:15). Dios es espíritu (Juan 4:24).

Notemos lo que se nos dice en las Escrituras acerca de este Dios que no está limitado por el tiempo ni el espacio.

Jesús tenía un cuerpo físico. Estaba, lo mismo que nosotros, expuesto a las heridas, al dolor y a la muerte. En los cuatro evangelios se habla de que fue azotado y crucificado. Uno de sus seguidores pidió su cuerpo lacerado, lo envolvió en una sábana de lino y lo puso en un sepulcro. No había duda de que Jesús de Nazaret había muerto. Su cuerpo estuvo en el sepulcro durante tres días y tres noches, vigilado por un destacamento de soldados romanos.

Pero no permaneció así. Después de tres días hubo un clamor cuando algunos de sus discípulos fueron al sepulcro y lo encontraron vacío. Más tarde habrían de recibir una sorpresa mucho más grande.

Esa noche, cuando los discípulos se encontraban reunidos en cierto lugar, con “las puertas cerradas . . . por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Juan 20:19). El amado Maestro, a quien habían visto muerto y quien había sido sepultado, de repente ¡aparecía dentro del cuarto que ellos cuidadosamente habían cerrado! Para que estuvieran seguros de que era él, les mostró en las manos y el costado las huellas de los clavos y la lanza.

El Jesús resucitado ya no estaba limitado por los factores físicos. Entró en el cuarto y se les apareció de momento. Los discípulos sabían que era imposible que un cuerpo físico pasara a través de una pared física. Ocho días después realizó el mismo milagro para que pudiera creerlo el incrédulo Tomás, quien no

había estado presente en la ocasión anterior (v. 26). Unos días después, por medio de otro milagro sus discípulos pudieron comprobar que no estaba sujeto a la ley de la gravedad, pues lo vieron ascender al cielo (Hechos 1:9).

Como podemos leer en Isaías 57:15, Dios no está limitado por el tiempo tal como lo conocemos. En otros pasajes leemos que Dios estableció sus planes para el hombre desde “antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9; Tito 1:2) y “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4; 1 Pedro 1:20).

“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). Es decir, el universo físico que vemos, oímos, sentimos, olemos y experimentamos fue creado no de materia existente, sino de una fuente totalmente ajena a los factores físicos de longitud, anchura, altura y tiempo.

Ahora bien, esto no quiere decir que Dios el Padre y Jesucristo no se revelen nunca a los seres humanos. Las Escrituras son un relato de la interacción que a lo largo de la historia Dios ha tenido con hombres, mujeres y niños, así como de su interés y preocupación por ellos.

Mucha gente rechaza la Biblia porque en ella se mencionan muchos sucesos milagrosos, entre ellos curaciones impresionantes, resurrecciones, fuego del cielo, dramáticas visiones, etc. Piensan que estos sucesos son imposibles porque desafían las leyes que gobiernan nuestra existencia física. Por tanto, concluyen que los relatos bíblicos contienen cosas que no se pueden creer.

Lamentablemente, esta gente no tiene en cuenta pasajes como los que acabamos de mencionar, los cuales dan testimonio de que Dios el Padre y Jesucristo pueden actuar más allá de las leyes físicas que gobiernan el universo. Los milagros consignados en la Biblia fueron hechos realizados por Dios que suspendieron momentáneamente los efectos de las leyes físicas. Un Dios que pudo crear el universo ciertamente puede realizar milagros como los que se mencionan en las Escrituras.

¿Qué nos queda a nosotros? ¿Creeremos el testimonio de tantos testigos que Dios nos ha dado, o insistiremos en que él tiene que darnos personalmente a nosotros alguna clase de prueba a fin de que podamos creerle? Las palabras que Jesús dirigió a Tomás también están claramente dirigidas a nosotros: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29). □

profecía bíblica se nos advierte que gran parte de la humanidad habrá de morir, que la supervivencia misma del hombre estará en juego, nuestra carrera hacia la destrucción total será detenida. La humanidad será rescatada, pero no porque hayamos encontrado alguna forma de resolver nuestras desavenencias. Será porque Cristo retornará a la tierra para finalmente “librarnos del presente siglo malo” (Gálatas 1:4), como lo llamó el apóstol Pablo.

En este tiempo profetizado de gran tribulación, un tiempo de caos y grandes peligros en todo el mundo, Jesucristo volverá. Simbólica y literalmente serán los días más tenebrosos que habrá tenido la humanidad. “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus [pueblos, naciones] de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:29-30).

Para quienes tienen una perspectiva atea del mundo, la situación que se va a presentar les parecerá contradictoria y confusa.

Verán a gobernantes que querrán ser considerados como buenos, pero que debido a su tendencia natural les resultará más fácil maltratar y oprimir a sus semejantes. Verán aterradores fenómenos naturales que cobrarán las vidas de decenas de millares de personas, lo que a su vez acarreará dolor y pérdidas incalculables a muchos otros millares. Pero aun así continuarán rechazando a su Creador.

Si algún problema se resuelve, surgirán otros en su lugar. La gente clamará a Dios preguntándose dónde está, pero la realidad es que la humanidad tendrá que cosechar las trágicas consecuencias de no haber tenido en cuenta a Dios. Tendrá que aprender la lección de que no hay respuestas sin acudir a Dios y buscar sus enseñanzas sobre cómo vivir y cómo cumplir con el propósito por el cual fue creada.

Actualmente, Dios está dando la oportunidad a unos pocos para que cumplan con ese propósito. Si usted tiene el valor de rechazar las filosofías huecas y volverse a su Creador para buscar su guía, puede llegar a ser uno de los que están venciendo las tentaciones de este mundo con el deseo de poder reinar con Cristo cuando venga a establecer su reino (Apocalipsis 3:21; 20:4, 6).

Entonces Dios contestará poderosamente la pregunta de si existe o no. Todos conocerán al verdadero Dios, lo adorarán y acatarán sus santas y justas leyes: “Ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos” (Hebreos 8:11; Jeremías 31:34). Finalmente la humanidad encontrará la paz y felicidad verdaderas.

La relación personal con el Creador

¿Puede uno conocer realmente a Dios? El primer paso es estar dispuesto a reconocer las pruebas que nos da de su existencia. Como lo hemos explicado en esta publicación, él nos proporciona gran número de pruebas si estamos dispuestos a verlas y admitirlas. Por lo que vemos en el universo y en el mundo que nos rodea, podemos sacar muchas conclusiones con respecto a Dios. Luego podemos dar el siguiente paso: buscar una relación personal con él.

El rey David comprendió la realidad al contemplar las maravillas de la creación de Dios. En sus observaciones llegó por lo menos a dos conclusiones. La primera, que el ser que había creado el universo y nos había dado vida tenía un gran propósito para

Nuestra oportunidad especial

Estando más cerca que nunca del final del “presente siglo malo” (Gálatas 1:4), tenemos una oportunidad especial para buscar el propósito divino de nuestra existencia y para volvernos a Dios.

En otras palabras, la humanidad necesita urgentemente reconciliarse con su Creador (Isaías 59:1-15). Son nuestros pecados, nuestro quebrantamiento de las leyes de Dios, lo que nos impide acercarnos a él. Sólo podemos tener una relación genuina con Dios cuando nos arrepentimos verdaderamente de nuestra tendencia de hacer las cosas en contra de lo que él nos ordena en su Palabra. Tenemos que aprender lo que él espera de nosotros. No debemos alejarnos de su presencia como lo hicieron los israelitas en el monte Sinaí (Éxodo 20:18-21).

¿Qué es lo que él nos dice? La respuesta es muy clara: “Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

En la Biblia esto se llama *arrepentimiento*; significa *cambiar nuestra forma de vivir* y someternos incondicionalmente a Dios para empezar a vivir conforme a sus preceptos. El Creador omnipotente, quien también es infinitamente misericordioso y está dispuesto a pasar por alto nuestra ignorancia, “ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30). (Para una explicación más amplia de lo que significa arrepentirse, puede solicitar nuestro folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna*.)

Dios quiere mostrarnos cómo podemos librarnos de nuestras dificultades, dilemas y angustias, así como darnos a entender el asombroso plan que tiene para nosotros. “Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3). Dios recompensará a quienes lo busquen de corazón.

La gran paradoja de nuestro tiempo es que a pesar de la abundancia de información que tenemos, carecemos de la más esencial de todas las informaciones: el conocimiento de Dios. Él nos lo quiere revelar, pero nosotros tenemos que estar dispuestos a aceptarlo y hacer alguna investigación por nuestra parte.

A fin de cuentas, “para acercarse a Dios, uno tiene que creer que existe y que recompensa a los que le buscan” (Hebreos 11:6, Versión Popular).

Dios también ofrece la ayuda de su iglesia, el cuerpo espiritual de Jesucristo, a la cual llama “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15). Nos exhorta para que por medio de las maravillosas verdades de la Biblia podamos “crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Los miembros de la Iglesia de Dios Unida, que edita este folleto, están dedicados a cumplir con el mandamiento de Cristo de llevar el mensaje de la verdad de Dios al mundo y enseñar a la gente su camino de vida (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15; Juan 21:15-17). Le invitamos a participar en esta comisión y, especialmente, deseamos sinceramente que este folleto pueda ayudarle en su búsqueda personal del único y verdadero Dios. □

nosotros: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:3-4).

Jesucristo intervendrá con gran poder y majestad para impedir que los humanos nos destruyamos totalmente. Aunque en la profecía bíblica se nos advierte que gran parte de la humanidad habrá de morir, nuestra carrera hacia la destrucción total será detenida. La humanidad será rescatada porque Cristo retornará a la tierra para finalmente “librarnos del presente siglo malo” (Gálatas 1:4).

La segunda conclusión a la que llegó fue que todo lo que hacía el ser que gobernaba tal creación, lo hacía bien, y que era el único en quien se podía confiar: “El cielo proclama la gloria de Dios; de su creación nos habla la bóveda celeste. Los días se lo cuentan entre sí; las noches hacen correr la voz. Aunque no se escuchan palabras ni se oye voz alguna, el tema va por toda la tierra y hasta el último rincón del mundo, hasta donde el sol tiene su hogar” (Salmos 19:1-4, Versión Popular).

David entendió que cuando miramos hacia el cielo podemos intuir esta verdad patente; es como si alguien nos la declara-

ra cara a cara. Este mensaje está disponible para todo el mundo y puede ser entendido en cualquier idioma o dialecto: Existe un gran Creador, quien es infinitamente más poderoso que cualquier cosa que po-

damos imaginarnos. No tenemos excusa alguna para negarnos a creer tal verdad (Romanos 1:20).

Continuando en el mismo salmo, David habla de la grandeza de Dios y nos dice: “La ley del Eterno es perfecta . . . el testimonio del Eterno es fiel . . . Los mandamientos del Eterno son rectos . . . el precepto del Eterno es puro . . . El temor del Eterno es limpio . . . los juicios del Eterno son verdad, todos justos” (Salmos 19:7-9).

Muchas noches David se quedó admirado al contemplar el orden y el brillo impresionantes de lo que ahora conocemos como la Vía Láctea. Durante los años en

que cuidaba de las ovejas de la familia tuvo tiempo de estudiar y preguntarse acerca de la complejidad y magnificencia de la creación. Estas experiencias lo ayudaron a sacar profundas conclusiones acerca de su Dios y Creador.

Usted puede examinar las mismas preguntas, contemplar las mismas pruebas y llegar a las mismas conclusiones lógicas. Puede obrar de acuerdo con lo que ve con sus propios ojos y tomar la decisión de aceptar el ofrecimiento que Dios le hace de establecer una relación personal con usted. Si lo hace, estará dando el primer paso en el camino que lo llevará a morar eternamente con su Creador. Nos gustaría ayudarle en esta búsqueda.

Usted puede aprender más acerca del Dios verdadero y del propósito que él tiene para usted. Tendremos mucho gusto en enviarle más información, sin costo ni compromiso de su parte. Para empezar, le recomendamos que solicite estos tres folletos: *Nuestro asombroso potencial humano*, *El camino hacia la vida eterna* y *Los Diez Mandamientos*. Y para entender mejor la Biblia y examinar varias pruebas de que es la Palabra inspirada de Dios, puede solicitar estas dos publicaciones: *¿Se puede confiar en la Biblia?* y *Cómo entender la Biblia*. □